

Anthony Rogers, Fsc

**Culturas y Justicia:
El Camino a seguir
para la Misión de
la Vida Consagrada**

Hermanos de las Escuelas Cristianas
Via Aurelia 476
00165 Roma, Italia

Enero 2011

Presentación

Para iniciar el contacto con este nuevo Cuaderno MEL quiero primero que todo hacer una breve presentación del Hermano Anthony Rogers, la cual nos ayudará a comprender mejor su reflexión.

Nacido en Penang, Malasia, el Hno. Anthony entró con los Hermanos De La Salle en 1668. Obtuvo su licenciatura y un Diplomado en Educación en la Universidad de Malaya en 1974. Después de enseñar cinco años en dos de los colegios de los Hermanos, obtuvo su Maestría en Sociología Pastoral en el Instituto Social Asiático y en la Universidad de la Salle en Manila, Filipinas.

El Hno. Anthony Rogers es actualmente el responsable del Sector Lasallista de Malasia y presidente del Consejo de Educación Lasallista de Malasia.

Fue Secretario Ejecutivo de la Federación de la Conferencia de Obispos Asiáticos (FABC), Oficina para el Desarrollo Humano desde 1990 hasta el 2009, y también ha estado trabajando en otras Oficinas de la FABC, incluyendo la Oficina de Capellanía de Estudiantes y Educación y del Comité de la FABC para la Educación no formal durante varios años.

Un Observador analítico agudo de los asuntos asiáticos, ha escrito por extenso sobre teología actual y eclesiología de la Iglesia asiática. Ha sido practicante y escritor de la vida cristiana, y su última contribución a la Iglesia asiática es el libro titulado: "The Faces of Joy and Hope in Asia" (Los rostros de gozo y esperanza en Asia), una compilación de varios artículos que fueron presentados en varios seminarios, conferencias y contribuciones a varias publicaciones en los últimos 20 años. Como gran defensor de Justicia y Paz, fue uno de los encarcelados sin juicio por más de un año por el Gobierno bajo la ley de Seguridad Interna en 1979.

Ha prestado su servicio como miembro de Caritas Internacional – Comité Ejecutivo y comité de Defensa durante varios años. También es antiguo Miembro del Consejo Pontificio de Justicia y Paz, y es actualmente consultor del Consejo Pontificio para el Servicio Pastoral de Migrantes y Pueblos Itinerantes, Roma.

El Hno. Anthony escribió este documento, objeto del Cuaderno MEL 42, para La Asamblea de la Unión de Superiores Generales que se realizó en octubre de 2009, y nos pareció oportuno compartir esta reflexión de vida que hace del continente asiático, la cual puede ser un camino de luz para el resto del mundo. El documento fue escrito pensando en la vida consagrada pero puede tener el mismo valor para todos aquellos seglares que están comprometidos con la misión educativa lasaliana.

Las realidades que estamos viviendo en este tiempo y que se traducen en la negación de los elementos vitales para la vida del hombre: salud, alimento, educación, y un medio ambiente limpio, parecen algo contradictorio frente al continuo y rápido desarrollo de la ciencia y la tecnología, que sin tanto esfuerzo nos podrían facilitar todo lo necesario para vivir bien y en armonía.

Estas realidades están llevando a los pueblos a cambiar su dinámica cultural, casi siempre en la búsqueda de mejores condiciones de vida. Se observa también una gran movilidad que está haciendo que día a día nuestras regiones se conviertan en espacios multiculturales, en donde podemos intercambiar lo mejor de cada una de nuestras culturas. Es fácil observar en Asia esta realidad de multiculturalismo en grandes proporciones. El Hno. Anthony nos deja ver esta experiencia de peregrinación de Asia, que camina en la búsqueda de la justicia que debe reinar en un pueblo para que cada persona pueda disfrutar de los elementos esenciales para la vida.

Hermanos y seglares comprometidos con la misión educativa lasaliana, debemos caminar siempre juntos para seguir aportando desde la escuela todos los elementos necesarios para la promoción de la justicia y el respeto cultural, donde quiera que estemos.

Finalmente le agradecemos a la Unión de Superiores Generales su autorización para la publicación de este documento y las traducciones al francés y al español.

Hno. Jorge Enrique Fonseca Sánchez
Secretario MEL

Introducción

Nadie que sea consciente de las realidades que nos rodean puede negar que el mundo ha cambiado tanto en su dinámica cultural como en sus estructuras y expresiones sociales externas. Algunos consideran que estos cambios son tan drásticos que estamos al borde de una crisis de civilización. Con estas premisas debemos plantearnos preguntas radicales como: *La vida consagrada ¿se ha renovado suficientemente en sus dimensiones internas y ha revitalizado su forma de misión en el mundo que ha cambiado? ¿Seguimos dando un aporte único a la Iglesia, llamada a ser “signo e instrumento de la salvación de Dios en el mundo?” ¿Ha pasado ya el tiempo de vida útil y hemos dejado de ser relevantes para la Iglesia y el mundo post-moderno? ¿Hay necesidad de una nueva creatividad en el camino a seguir para la Misión en el siglo XXI?*

Alguna vez alguien sostuvo que el cambio es otro nombre de Dios y que lo único constante en la vida es el cambio. Desde esta fundamental perspectiva los cambios, según los planes eternos de Dios, son la revelación de la sabiduría de Dios en cada época y cada generación, siempre que la humanidad siga deseando escuchar la voz de Dios en los corazones de quienes derraman lágrimas. Sensible a los dramas y a la tragedia humana que viven los hombres, y a la escucha de la voz de Dios, el pueblo de Dios comparte con otros creyentes una responsabilidad común. La humanidad está deseando comprender sus manifestaciones internas y externas, leyendo los signos de los tiempos y escuchando las voces del tiempo. Entre cacofonías y discordancias, luchamos para ser más sensibles al drama humano, para poder encontrar caminos nuevos y creativos de compromiso ante una homogenización creciente de las conciencias, que nos convierte en víctimas de una fragmentación interior y de divisiones externas. La dicotomía artificial entre fe y vida se ha hecho más evidente al apartar la religión como algo irrelevante, o apropiándose de la religión para convertirla en varias formas de fundamentalismo que alimentan la violencia y la codicia.

1. Convertirse a la Verdad y a la Justicia

1.1. El tsunami moral de nuestros tiempos

Algunos prefieren refugiarse en la negación, al haberse apagado la esperanza, y poco a poco llegan a creer que las poderosas fuerzas desatadas sobre los pueblos y la naturaleza permanecerán para siempre. Puede ser traumático quedarse sentados en el *Titanic* a punto de hundirse, y arreglar las sillas de cubierta. Llegamos a aceptar la situación, cuando no somos conscientes del peligro que nos asecha o cuando hemos perdido del todo la esperanza de ser salvados. Hay muchos en la Iglesia y en la Vida Consagrada que se lanzan a un hiperactivismo estéril o permanecen totalmente indiferentes y apáticos, porque viendo tantas megafacturas a su alrededor, acaban creyendo que son irreparables y que la curación es una quimera. Puede ser aterrador llegar a darse cuenta de que hemos perdido la visión interior capaz de convertir la esperanza en un sueño; tendemos, entonces, a la auto-compasión o emprendemos el camino de la agresividad para sobrevivir. Hoy la gente se ha ido convenciendo de que no somos el ápice de la creación y los sujetos de la re-creación. La turbulenta crisis interior y la devastadora manifestación externa nos hacen perder nuestra seguridad interna y socavan los fundamentos mismos de nuestro ser y de nuestro devenir. A través de este proceso de pérdida de luz interior, lo único que experimentamos es la oscuridad y, por consiguiente, tememos el mundo exterior.

Es posible, también, que como resultado de las nuevas experiencias de Dios que hacemos en medio del sufrimiento y del dolor, hayamos llegado a creer que Dios está vivo y que estamos dispuestos a adquirir una nueva toma de conciencia y así recuperar la esencia de un ethos que transforma y que es portador de vida. Vemos la importancia de volver a las raíces espirituales de nuestra herencia cultural y de redescubrir la esperanza en medio de la angustia y del dolor presentes en el mundo. El misterio sólo se revela en las profundidades de nuestro santuario escondido en y mediante un camino de interioridad contemplativa. Las personas consagradas están llamadas a ser poetas y profetas de la Armonía Interior que nos conduce a ser uno con el Creador, capaces de susurrar a la gente de hoy que Dios está vivo.

1.2. Un mundo de congoja y de angustia

Para muchos de nosotros en Asia, el Concilio Vaticano II a través de *Gaudium et Spes* sentó las bases para el desarrollo de la Doctrina Social de la Iglesia que llena el vacío entre nuestra fe en Dios y nuestras vidas en el mundo. Nuestra inmersión en el mundo es el fruto de nuestro bautismo que nos permite oír la voz interior de Dios: “Tú eres mi hijo amado, tú eres mi hija amada”. Estamos llamados a ser bautizados por el espíritu de Dios, en medio de la corrosiva riqueza de la modernidad y de las ondas del materialismo que está sumergiendo nuestra cultura personal y nuestras estructuras sociales. En estos tiempos difíciles, comprender con más matices la manera y la forma en que el Evangelio toma raíces en las culturas de la comunidad humana para que las estructuras de la sociedad se empapen de la levadura del Evangelio. Podemos ser las nuevas semillas genéticamente modificadas por Dios y que toman raíces en el mundo y en el corazón humano.

Nuestros intentos por redefinir nuestro camino a seguir como consagrados/as para renovar nuestra misión tienen su fuente en el mundo de hoy, un mundo en crisis. Muchos de nosotros admitimos que la crisis que produce una profunda sensación de miedo, y que nos impulsa a buscar seguridad en el aislamiento, puede ser también el camino hacia el gozo y la esperanza. La esencia del primer documento del Concilio Vaticano II, la Iglesia en el Mundo Moderno, *Gaudium et Spes*, es el punto de partida para el nuevo mundo, tanto para la Iglesia como para la Iglesia en el mundo. No podemos renovar la Iglesia y el mundo si la Iglesia no es levadura y el Espíritu de Dios vivo en el mundo no es acogido en el corazón humano.

Esta nueva sensibilidad mundial ha dado a la Iglesia en Asia una nueva energía para la misión de evangelización. Hoy no podemos separar el mundo, la renovación de nuestra vida consagrada y el camino a seguir para nuestra misión de evangelización en el siglo XXI.

1.3. Lecciones que nos vienen del mundo de la disparidad y de la diversidad

El mundo que hoy está en crisis es también el mundo de la disparidad y de la diversidad. Asia, donde viven los dos tercios de la

humanidad, de los que el 60% son jóvenes, es un continente caracterizado por comunidades étnicas, religiosas, culturales y tribales. A lo largo de los años han contado con la fuerza interior de sus culturas y de sus tradiciones religiosas, que han sido las bases de la unidad y de la lucha contra la pobreza y las adversidades.

En este contexto, la vida y la misión de Jesús de Nazaret, que nació en Asia, nos dan fuerza para reconocer en nuestra diversidad la universalidad de la Familia Humana y en medio de la diversidad la unicidad de Dios presente de forma escondida en nuestras culturas y religiones. Este misterio escondido de Dios ha sido la fuente de nuestro caminar hacia una nueva conciencia de que Dios es uno y la humanidad es una. De las alturas de los cielos sacamos nuestras intuiciones incrustadas en nuestros textos sagrados universales y aspiramos a aprender unos de otros la sabiduría para afrontar el mal que se nos presenta a diario en nuestras vidas.

A este diálogo con la gente de hoy nos ha invitado el Concilio Vaticano II para alcanzar la profundidad de nuestro ser y las raíces más hondas de nuestra fe. Ha sido la inmersión en los sufrimientos y en la angustia de la gente de hoy lo que ha vuelto verdaderamente salvífico el misterio de la Muerte y de la Resurrección. Sabemos que la crisis en el mundo es también una crisis de nuestra identidad interior y de nuestro destino último. Nuestros años de interculturación han desembocado en una mezcla de fe basada en las culturas de nuestra sociedad y las luchas de nuestro pueblo nos ha permitido alcanzar las raíces profundas de nuestra fe y llegar a las fuentes comunes de agua viva. Y ésta es la gracia más grande que nos ha venido del Concilio Vaticano II y de la Doctrina Social de la Iglesia y que nos hace comprender nuestra misión evangelizadora en el mundo de hoy.

2. Una nueva forma de ser consagrados/as en el siglo XXI

El camino a seguir en un “Mundo concebido por el Hombre” invita a “Una nueva forma de ser consagrados/as en el siglo XXI”, por medio de un recorrido hacia la espiritualidad encarnada de Jesús. Ser consagrados/as quiere decir ser comunión y convertir el ser comunión en nuestro estilo de vida, como único camino para solidarizarnos con el pueblo de Dios y los recursos de la tierra.

He aquí nuestra visión y nuestro sueño, pero lamentablemente esta generación está ocupada con sus pesadillas y no tiene tiempo para soñar y ver visiones. Para leer los signos de los tiempos a la luz del Evangelio es necesario tener un nuevo lenguaje y nosotros debemos ser el nuevo medio de comunicación. Se trata de convertirnos y adoptar los caminos de Dios, reconciliarnos con nuestro prójimo. Hay que vivir la misión de la Vida Consagrada no solo en un nuevo contexto, sino con una nueva sabiduría y energía llamadas “Creatividad en Caridad”. Es un camino de vida basado en la Verdad que brilla en la Caridad, y es irradiada por ella. Caridad en Verdad se convierte en un compromiso firme y perseverante a favor del bien común. El misionero del mundo post-moderno no camina solamente con la “Biblia” en la mano, lo hace también con las escrituras universales, teniendo el Evangelio de la Vida en el corazón. La misión no se limita a la comunicación de palabras y hechos, sino que es comunión y transmisión de una visión moral y ética que abrirá los ojos a individuos y a comunidades para que descubran en sus vidas lo divino y lo sagrado. Empieza con la misión *ad gentes*, pero en realidad se convierte en una misión *inter-gentes*, entre las gentes. Culminación ésta, del Dios en nosotros, del Dios con nosotros y del Dios entre nosotros. Tiene que ser ésta nuestra misiología trinitaria y nuestra espiritualidad comunitaria. Este nuevo compromiso con la gente de todas las tradiciones religiosas y el nacimiento de una cultura de vida son el camino hacia la armonía social. Así debemos entender la santidad y la plenitud.

Lo que hoy nos caracteriza es nuestro estilo de vida “reflexivo, meditativo”. La reflexión interior con que vivimos la misión nos permite mirar la realidad y revisar nuestras vidas, especialmente como personas consagradas, a la luz del Evangelio. Y así tomamos conciencia de la brecha entre nuestra palabra (lo que creemos), el culto (nuestros actos de celebración) y el testimonio (el ser signos e instrumentos). Nos damos cuenta de que cuando hay una ruptura entre estos aspectos de nuestras vidas, no podemos crecer en plenitud. Seguiremos centrados en nuestras instituciones, en nuestro hacer en lugar de dejar que Dios y el prójimo crezcan ‘orgánicamente’ en nuestras vidas. Con la separación artificial entre fe y vida, existe un vacío y las condiciones necesarias para alimentar la vida están ausentes. Cuando hay grietas en los cimientos es imposible construir un nuevo edificio. La vida

consagrada ha sido siempre el nuevo vivero y los nuevos cimien-
tos para que el Reino de Dios se manifieste.

3. La misión de evangelizar en el Siglo XXI

3.1. Nuestra senda hacia la evangelización social

Muchos en la Iglesia de hoy están empezando a articular la necesidad de una nueva orientación social y de una nueva dirección para la Iglesia. Se trata de ver la importancia que la Iglesia tiene ante el mundo en crisis. Se trata de la evangelización social, como manifestación visible del Reino entre y con nosotros. La vida en plenitud nada tiene que ver con la separación artificial entre nuestra fe privada y nuestra vida pública. Tiene que ver con la fe personal que se manifiesta por los frutos que damos en nuestras vidas, y que compartimos como instrumento de comunión en el mundo. La vida tiene que ver con la integración de todos los estratos de la humanidad, para que nos atrevamos a ir a lo profundo, al centro mismo de nuestro ser y de nuestras culturas.

3.2. Los nuevos viveros para futuros evangelizadores

Cultivando y alimentando los elementos esenciales de una cultura liberadora, tejemos las nuevas entrañas, creamos el vivero para replantar el Jardín del Paraíso. La reafirmación de la bondad del don de Dios implantado en el alma humana es la novedad de nuestra modificación genética interior. Es esta confirmación del Espíritu vivo en nosotros lo que nos permite superar la tumba de la desolación, de la desacralización y de la destrucción en nuestro mundo. El mundo desgarrado por las guerras y la violencia, la pobreza que deshumaniza y el consumismo que agota el alma pueden llegar a ser, paradójicamente, las entrañas que recrean el corazón humano y el alma de la humanidad, y que sanan la locura y el sacrilegio contra la naturaleza y el medio ambiente. Muchos están de acuerdo en afirmar que el cambio climático evidente en nuestro mundo tiene mucho que ver con los desórdenes de nuestra ecología humana. La cultura de muerte, con sus maestros de mortíferas payasadas, puede ser contrarrestada sólo mediante un nuevo poder que consagra a la persona humana, a la comunidad humana y a toda la familia humana al único Creador de la Humanidad.

I. El conflicto interno en la cultura y las manifestaciones externas de injusticias

La cultura y la justicia tienen que ver con el medio ambiente y con el compromiso. No podemos separar la cultura de la vida de la cultura de la muerte, ni el valor de la justicia de la realidad de las injusticias imperantes en el mundo. Es un diálogo entre la ecología interior que nos alimenta y la realidad exterior que nos plasma. El punto de encuentro de estas dos dimensiones de la vida ha de tener su meta común en el destino de la humanidad y de la creación. La cultura que se ha ido desarrollando a través de las evoluciones históricas y generacionales se refiere al proceso de transformación interior. Es este proceso interior de revelación cultural que nos sirve de impulso para el proceso exterior de la transmisión de las manifestaciones perdurables según el eterno mandato del Creador, como misión de la humanidad en el mundo...

La globalización, que homogeniza al mundo, al mismo tiempo lo fragmenta. Me parece que nuestra misión evangelizadora tiene que afrontar las consecuencias de una fragmentación interior, donde la gente re-plasma y construye nuevas identidades para resistir a los avatares de la globalización, donde los “nuevos pobres”, y nosotros con ellos, tenemos que reconstruir la vida y sanar nuestras memorias. Nuestra misión evangelizadora consiste en un proceso de reconciliación, para restaurar la dignidad humana y sanar la sociedad rota. Se trata de decir la verdad, de buscar la justicia y crear una nueva visión moral. Es la reconciliación la que nos tiene que guiar en el Siglo XXI. Este es el único camino para “derribar el muro de hostilidad que nos divide”¹.

Nadie puede negar que las crecientes desigualdades económicas constituyen una amenaza a la seguridad global para quienes tienen la tarea de mantener viva la confianza de la gente en las instituciones políticas y económicas. Hoy la lucha contra la pobreza y las injusticias es más difícil de llevar a cabo por el nexo tan

¹ *Efesios 2,14.*

estrecho que hay entre la tendencia a la liberalización y a la privatización inherente al proceso de globalización y a la transformación interior del hombre. La tendencia al neo-liberalismo, a la democratización política y a la liberalización económica ofrece una perspectiva de vida limitada, porque los hombres han dejado de ser capaces de distinguir entre una vida basada en las verdades y lo que es puro y simple razonamiento y deducción lógica. En los últimos cinco siglos hemos sido testigos del surgimiento del Estado moderno a través de la evolución gradual del feudalismo al capitalismo, que luego se ha encaminado hacia las diversas formas del socialismo, para llegar al neo-liberalismo. Muchos creen que el modelo del Siglo XXI será un nuevo orden mundial sin Dios.

Sin entrar en detalles, parece claro que las diferentes formas de globalización económica y cultural se basan en una perspectiva que se deriva de lo que yo llamo el paradigma de la “mecánica dualista”. La edad de la razón y de la Ilustración científica nos ha hecho creer que el racionalismo económico y el progreso científico y tecnológico pueden ofrecer la mejor solución a los problemas mundiales. Con la ayuda de sus políticas y programas centralizados, los líderes políticos, a nivel nacional e internacional, han creado estructuras de progreso y desarrollo, que algunos han llamado “mitos de crecimiento” y “conservación del super-desarrollo”. Con sus mecanismos para establecer un nuevo orden a nivel estatal, su red de alianzas entre las grandes potencias, sus arsenales de armas sofisticadas y su poder financiero, proporcionan “un ambiente seguro y democrático” para la erradicación de la pobreza y la desigualdad en todos los niveles de la sociedad.

1.1. Nuestros temores para el futuro de la humanidad

La perspectiva científica y racional, basada en el paradigma de la mecánica dualista se ha convertido en la ideología dominante para el bienestar económico y la gestión de sociedades. Se basa en la premisa de que si la creación y distribución de la riqueza son totalmente libres, tarde o temprano se creará un equilibrio entre ricos y pobres, lo que necesariamente llevará a un progreso y a una nivelación en la sociedad, con pocas bolsas de pobreza residuales de las que tendrán que encargarse el Estado, la asistencia caritativa y la ayuda social. Pero esta mecánica no tiene en cuenta otras dimensiones de la vida social, tan importantes como

la necesidad de defender la dignidad del trabajo, evitar el trabajo deshumanizante, preservar los recursos naturales para las generaciones futuras y defender la dignidad y derechos de los individuos y las comunidades contra la asimilación gradual de los valores contrarios a nuestras tradiciones y a nuestro patrimonio cultural, especialmente aquellos que promueven los aspectos materiales de la vida a expensas de nuestro sentido innato de lo sagrado y de la trascendencia.

Es cada vez más evidente que la colusión entre las políticas de gobierno, los responsables de decisiones económicas e imperios mediáticos crea un sistema bien organizado de desinformación y de gestión de la imagen. Somos testigos de un eclipse gradual de los conceptos de verdad, de justicia y de libertad. Los hombres no son capaces de distinguir la verdad de la mentira. A través de los medios de comunicación y la Internet, son bombardeados con información y opiniones divergentes, y pocos han llegado a entender lo que realmente sucede. De ahí la aparición de un cierto relativismo ético. La gente termina creyendo que la mayoría siempre tiene razón y que la democracia conlleva necesariamente la libertad, independientemente de la verdad sobre el hombre inspirada por Dios. Poco a poco, se impone la ley del más fuerte con arreglo al principio de que la mayoría nunca se equivoca y que la participación democrática garantiza el derecho, aunque se ignoren las normas universales y la ética. La corrupción de la sociedad en todas sus formas es aceptada como un estilo de vida.

1.2. Empeoramiento de la crisis de la civilización

Somos muy conscientes de que, en este mundo dividido y fragmentado, la jerarquía de la Iglesia, las personas consagradas y todo el pueblo de Dios tienen la responsabilidad de promover el valor inalienable de la vida. La única alternativa posible a la cultura de la muerte, de la alienación y de la destrucción, es la cultura de la vida. La vida en Dios, en la que creemos, se basa en el amor y creemos que Dios puede brindar oportunidades para expresarlo ya a través de nuestras vidas. No es suficiente adorar a Dios en nuestras iglesias y estudiar nuestras Escrituras. Debemos entender que la violación de la dignidad humana y de los derechos de los individuos, y a veces de comunidades enteras, es una consecuencia de la negación de Dios en la sociedad de hoy. Esto se traduce en los conflictos ideológicos y religiosos, el terrorismo,

los valores extremos de políticas de migración, la violencia racial, la limpieza étnica, el tráfico de seres humanos, la escasez de alimentos, la violencia doméstica, el abuso en el lugar de trabajo, la violencia en los estadios, las agresiones cibernéticas y las guerras. Esta violencia, patente o latente, abre la puerta a los prejuicios, a la intolerancia, siempre al acecho en el corazón humano. Debido a la fragmentación de nuestro ser interior, nos volvemos insensibles al sufrimiento humano, dejando crecer a nuestro alrededor regímenes opresivos. La creciente intensidad del sufrimiento humano y las violaciones masivas de los derechos humanos son el resultado de la idea errónea según la cual la violencia es normal e inevitable. Debemos estar atentos a estos mecanismos en las diferentes culturas y religiones. El hecho de que la pena de muerte esté vigente en varios países de Asia es la demostración de que la vida humana puede ser sacrificada en nombre del bien común. Pocas personas están dispuestas a examinar más de cerca las condiciones socioeconómicas y culturales que instan sistemáticamente a los jóvenes a competir constantemente y a consumir de forma exasperada e insaciable. En este mundo globalizado, sin fronteras, parece que avanzamos hacia una nueva era de tribalismo y etnocentrismo que nos hacen incapaces de comprender las verdades universales. Por lo tanto, es importante que tomemos conciencia de nuestras debilidades internas como individuos, como comunidades y como naciones. Si reconocemos los monstruos que llevamos dentro, podemos aprender cómo introducir la jaula para domesticarlos. Cuanto más nos damos cuenta de lo que somos individual y colectivamente, tanto más seremos capaces de controlarnos.

1.3. Otra visión de la vida en el Siglo XXI

Nuestro futuro depende, en gran medida, de la definición de una nueva visión para la humanidad, una visión a la vez global y ecológica que atañe a todo el hombre, a todos los hombres y a toda la creación. La tarea de construir un nuevo orden mundial no puede ignorar la moralidad y la espiritualidad. Necesitamos una visión moral.

En el encuentro entre fe y razón, el *logos* (la Ley) y el *ethos* (Espíritu) nos pueden ayudar a definir nuevas oportunidades a la luz de las realidades actuales y de los tiempos de cambio. El mundo de hoy tiene la urgente necesidad de una nueva visión

moral y de una autoridad mundial animada por la ética y la fe. En el pasado reciente, esas voces han tenido el coraje de denunciar las tragedias y las transgresiones, tanto a nivel local como mundial. Los principales problemas de hoy requieren una moral personal y social. Hoy carecemos de autoridad moral, inspirada por la fe y capaz de tomar una posición clara sobre cuestiones como la ocupación de Palestina, Irak o el Tíbet, los organismos genéticamente modificados o el cambio climático. En resumen, una autoridad moral para guiar a la humanidad hoy en día. Las religiones están demasiado divididas y demasiado centradas en sus asuntos internos, para poder ofrecer esperanza. Mientras un grupo de tecnócratas y expertos en gestión están trabajando para gestionar el proceso de la globalización, faltan poetas y profetas capaces de presentar a la humanidad otro modelo que puede traer justicia y paz. Por tanto, es urgente y esencial desempeñar un papel de catalizador de la sociedad civil para reunir a las comunidades que se basan en la fe.

De ahí la llamada a volver a un *ethos* centrado en los valores y actitudes que se desprenden de las características de nuestro patrimonio espiritual y de las prácticas culturales del pasado, expresadas a través de iniciativas creativas. Surge la necesidad de una gran figura con ascendencia moral. La cultura actual produce nuevos profetas en el desierto, en las ciudades y en las plazas públicas. En estos nuevos *areópagos*, denuncian las nuevas formas de alienación y la proliferación de nuevos pobres, incluso en los países ricos, fenómenos que todos los hombres de buena voluntad escucha con atención.

1.4. Un *ethos* transformador, abierto a todos los hombres

Las religiones y los líderes religiosos deben volver a los fundamentos de su religión, renunciando a conservar y mantener, para convertirse en agentes de transformación global. No hay que temer pararnos y pensar. Si bien el fuego está a la puerta, no es éste el momento de buscar soluciones, ingenuamente, en nuestros santuarios o en el ciberespacio: es imprescindible entrar en diálogo con el mundo interior de los hombres que sufren ataques y la violencia indiscriminada y continua de las fuerzas de la muerte: la pobreza, la desnutrición, la falta de servicios de salud, que afectan a las vidas de millones de personas en todo el mundo. Conversar con los hombres de esa generación acostumbrados a ser controla-

dos desde fuera, requiere un nuevo enfoque que podría perturbar su vida interior. Para ello, debemos abandonar el lenguaje elaborado de nuestras cátedras institucionales y nuestro activismo institucional imprudente en todo tipo de servicios. ¿Cómo podemos llegar a ser personas y comunidades transformadoras?

1.5. Partir de la introspección para un renacer de la religiones

El teólogo católico Hans Küng dijo una vez: “La paz mundial es posible cuando existe un diálogo entre las naciones. El diálogo entre las naciones será posible cuando exista un diálogo entre las religiones. El diálogo entre religiones es posible cuando las religiones comienzan a dialogar sobre sus respectivas bases”².

Durante siglos, las instituciones religiosas organizadas se han imbuido de normas, valores y procesos del paradigma de la mecánica dualista. Mecánica, porque se supone que siguiendo la razón, la lógica y hasta la fe ciega, obtenemos los resultados deseados. Dualista, ya que introduce una separación entre fe y vida, entre Dios y los hombres. La religión es vista de manera unilateral, privilegiando la exterioridad y la apariencia sobre la interioridad y el misterio. Todo debe recibir una explicación lógica, y todo se inscribe en los dogmas y en las doctrinas. Hemos querido educar a los fieles sobre la vida, en lugar de ayudarles a aprender a reflexionar sobre sus vidas y experiencias. Este retorno a los fundamentos de nuestra religión, conlleva, por tanto, un enfoque participativo destinado a enseñarles a vislumbrar la obra silenciosa de Dios en la vida de los individuos y de las comunidades, inculcando en ellos un cambio radical. Todos tenemos que escuchar nuestra historia, para entender de dónde venimos y hacia donde debemos ir. En la fundación de la Federación de las Conferencias de Obispos de Asia, el Cardenal Stephen Kim, de Corea, un profeta de la verdad y de la justicia de Asia, planteó esta pregunta crucial: debemos plantearnos, como Iglesia en Asia, cómo hemos sido influenciados por los caminos del mundo, o si el Evangelio de Jesús realmente ha cambiado nuestras vidas. Sí, también hay que tener en cuenta la influencia del mundo, cuando examinamos nuestra vida consagrada desde dentro, para definir de forma nueva y creativa, el camino a seguir.

² Hans Kung, *Christianity: Essence, History and Future*, Continuum International Publishing Group, 1996.

1.6. Los nuevos viveros interculturales e interreligiosos

La transformación de las culturas y la promoción de la justicia no se obtienen de una fe ciega en los medios del mundo post-moderno. Necesitamos nuevos viveros para plantar las semillas de un camino espiritual de plenitud interior eco-espiritual. Necesitamos una nueva ecología para la difusión de la verdad, de la justicia, de la libertad y del amor en los nuevos entornos. Se trata de una renovación desde dentro, para que luego a través de un proceso auto-inducido se alimente de las aguas de vida y de la luz de Dios. Este proceso será capaz de influir paulatinamente en el pensamiento, la reflexión, los criterios de juicio, los modos de comportamiento y la participación en la sociedad. Debe impregnar el *ethos* universal, que se convierte así en una fuerza transformadora arraigada en nuestra cultura y en nuestras tradiciones religiosas. Para activar todas las capas de la sociedad, debemos avanzar hacia la periferia y comenzar el proceso que llevará a una nueva ecología humana.

Nosotros, como Iglesia y como personas consagradas, hemos tratado de hacer el milagro de la “bi-localización”, a través de una ida y vuelta constante entre la Iglesia y el mundo y entre la Vida Consagrada y nuestro ministerio pastoral. ¿Cómo iniciar el proceso de “deslocalización”? Se nos ha dicho que: “El monje no es alguien que vive en un monasterio, sino alguien que lleva un monasterio en él”. ¿Cómo ser Iglesia en el Reino de Dios y personas consagradas en la nueva humanidad de Dios? Nuestra tarea no es sólo estar presente en el mundo, sino llevar el rostro de Jesús, como presencia de Dios, en los nuevos ámbitos que el pueblo de Dios cultiva en el mundo. Debemos llevar allí las semillas del Evangelio y plantarlos en nuevos viveros que alimentarán la esperanza de la humanidad en Siglo XXI.

1.7. Encuentros entre las religiones que afianzan la reciprocidad

Este proceso de transformación de la humanidad desde dentro pide que crezcamos en nuestra vida de relación. Como discípulos de Jesús estamos llamados a asociarnos con todos los miembros del Pueblo de Dios, que camina con nosotros para encontrar el rostro oculto de Dios en todas partes y en todo momento. Deseamos firmemente sumarnos a todas las personas y que ellas se unan a nosotros para la venida del reino, y el cielo nuevo y una tierra nueva. No se trata sólo de trabajar juntos, sino de abrirnos

a nuevas amistades más allá de nuestros pequeños círculos, porque el reino de Dios es más amplio que la vida consagrada, e incluso que toda la Iglesia. Al estar cerca de personas de otras culturas y religiones, y al ser cada vez sus compañeros de viaje, podemos escuchar juntos la voz de Dios que nos invita a caminar de la mano hacia el Reino de Dios. Necesitamos nuevos lugares de encuentro donde compartir nuestra experiencia religiosa, para descubrir los nuevos rostros de Dios y la voz de Dios entre nosotros. A medida que crezcan nuestra confianza y nuestra fe en los dones que hemos recibido y que compartimos, vamos a estar más dispuestos a mirar críticamente nuestro pasado y a tomar nuestra distancia con respecto a las formas de la cultura de la muerte, agazapadas en nuestras instituciones y en nuestros programas. Por esta escucha atenta nos daremos cuenta de la necesidad que tenemos de inculturarnos: cuando damos lo mejor de nosotros mismos, recibimos a cambio lo mejor de otros pueblos y de otras culturas. Pero para esto hay que promover activamente la “exculturación” para identificar los elementos de nuestra cultura personal, familiar, religiosa, institucional, social contrarios al bien común y erradicarlos de nuestras vidas. Algunos de nosotros pensamos que esto podría allanar el camino para un proceso de inculturación completa: con cultivos purificados, podemos participar en un encuentro profundo y caminar juntos en vista de la venida del Reino de Dios.

Así, nuestra reflexión sobre la cultura y la justicia en el mundo de hoy indica claramente la necesidad de discernir las raíces de la cultura de muerte y promover los elementos de la cultura de vida presentes en nuestros pueblos. Este proceso interno se acompaña de nuevas formas de trabajar para eliminar la injusticia y promover la verdad y la justicia que subyacen en la cultura de vida. Por tanto, es esencial que trabajemos para liberar a las culturas de las fuerzas de muerte que contienen, para fomentar en cada hombre el surgimiento de una nueva conciencia.

II. Reorientar la Vida Consagrada en el Siglo XXI

Introducción

Para reorientar la Vida Consagrada, debemos tener en mente lo que dice Perfectae caritatis (n. 2), sobre la renovación de la Vida Consagrada, a través de un retorno a las fuentes de la vida cristiana y al espíritu de los orígenes de nuestros institutos, y su adaptación a nuestros tiempos. Para que esta renovación, guiada por la inspiración del Espíritu Santo y bajo la dirección de la Iglesia, sea eficaz, debemos observar los siguientes principios:

- a) Siendo el seguimiento de Cristo tal como se propone en el Evangelio, la norma última de la vida consagrada, ésta ha de ser tenida por todos los institutos como regla suprema.
- b) Contribuye al bien mismo de la Iglesia el que los institutos tengan su peculiar índole y función. Por tanto deben ser reconocidos y conservados el espíritu y los pronósticos propios de los Fundadores, así como las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada instituto.
- c) Participen todos los institutos de la vida de la Iglesia, y hagan suyos y fomenten según sus fuerzas y según la índole propia de cada instituto, las iniciativas y propósitos de la misma, por ejemplo, en materia bíblica, litúrgica, dogmática, pastoral, ecuménica, misionera y social.
- d) Promuevan los institutos entre sus miembros el conocimiento debido de las condiciones de los hombres y de los tiempos, y de las necesidades de la Iglesia, de forma que enjuiciando sabiamente a la luz de la fe las circunstancias del mundo de hoy [...] puedan más eficazmente acudir en auxilio de los hombres.
- e) Ordenándose la vida consagrada ante todo a que sus miembros sigan a Cristo y se unan a Dios por la profesión de los consejos evangélicos, hay que pensar seriamente que las mejores acomodaciones que se hagan a las necesidades de nuestro tiempo, no surtirán efecto, si no están animadas por la

renovación espiritual, a la que siempre hay que dar el primer lugar, incluso al promover las obras externas³.

1. La conversión a una visión, misión y comunión fundantes a través de un estilo de vida meditativo

Cualquier reflexión sobre la vida debe comenzar enlazando Palabra y mundo. Esta unidad intrínseca se expresa a través del culto como celebración y testimonio, como amistad con Dios y con los hombres. En primer lugar debemos comprender las raíces y la esencia de la creación en el Antiguo Testamento, para luego embarcarnos en la tarea de re-creación de los cielos nuevos y la tierra nueva. En Génesis leemos que Dios vio al hombre, considerado como punto culminante de la aventura de la creación, como muy bueno. Pero, irónicamente, poco después, comenzamos a dudar de su bondad intrínseca, ya que el deseo de parte de Adán y Eva de ser libres y auto-suficientes los aleja de Dios. Su incapacidad para captar el significado oculto de la esencia de la vida les empuja a vivir una vida separada de la Palabra de Dios. Incapaces de comprender el misterio oculto del plan de Dios, llegan a dudar de su importancia en sus vidas. Tienen todos los bienes materiales, pero no llegan a relacionarlos con su identidad interior arraigada en la intención original de Dios para hacer de su vida un camino desde el misterio de Dios. Mientras que no entienda el verdadero significado de la creación, la humanidad no puede conocer su destino. Si ignoramos la verdadera naturaleza de nuestra identidad interior, perdemos el norte, y nuestra vida se convierte en un viaje de aventuras. Caminamos sin meta, aspirando a la libertad y a la verdad, pero privados de la sabiduría que brota de las sugerencias de la voz interior de Dios. Al no ver la importancia de Dios en nuestras vidas, nos llenamos de cosas materiales (materialismo), de un ego inflado (egoísmo), imbuidos de nuestra importancia (individualismo), como compañeros que nos creemos indispensables. Sin Dios, caminamos en tinieblas y en los callejones oscuros de nuestras ciudades iluminadas con luces de neón. Somos reacios a despertarnos de pesadillas que vienen de rechazar al Dios de amor que Jesús predicó

³ *Perfectae Caritatis*, 2.

a todas las naciones. El amor de Dios para nosotros es fundamental para nuestra vida, y plantea la cuestión de saber quién es Dios y quiénes somos nosotros.

Durante siglos, todas las religiones han proclamado la importancia de Dios en la vida humana. Pero hoy en día, el secularismo quiere hacernos creer que podemos construir un nuevo mundo sin trascendencia, sin entender que negando a Dios, vivimos en un mundo vacío donde parece inevitable la tendencia a lo material, a lo efímero, a lo errático, a lo exótico. Cuando consideramos la historia del misterio de Dios que vive en la historia humana, descubrimos que la importancia dada a Dios va de la mano con el respeto por la vida. La frecuencia de los conflictos, la violencia y las guerras en nombre de Dios a través de la historia humana nos da una idea del Dios que hemos heredado y que transmitimos a cada generación de jóvenes. Lo que nos han transmitido, por lo general, son expresiones y prácticas externas del patrimonio religioso, como un don precioso del que el corazón de los hombres debe alimentarse y de cuyo espíritu debe empaparse. La religión con su retórica, sus reglas, rituales se ha centrado más en conservarse que en ser la encarnación de Dios. Una religión exterior, despojada de su misterio y de su energía vital interior se hace insignificante e incluso peligrosa. Dios, que ha dado al hombre su dignidad y sus derechos al mismo tiempo que la vida, y que ha dado al mundo su armonía, ha sido apartado. Las reglas de Dios, inscritas en nuestra naturaleza, en nuestra forma de alimentarnos, en nuestras manifestaciones culturales y en las estructuras de la sociedad son reemplazadas por nuevos ídolos e iconos. Jesús nos dijo: “Por más que escuchéis, no comprenderéis, por más que miréis, no veréis. Se ha embotado la mente de este pueblo”⁴. Estamos perdiendo nuestra sensibilidad hacia los demás y el mundo.

Al perder nuestra perspectiva de vida, perdemos también nuestra orientación de vida. Tropezamos, caemos, estamos sujetos a la fragmentación interior como creyentes y los hombres de diferentes religiones se distancian unos de otros. Nuestras divisiones son la consecuencia de nuestra visión dividida. El mundo de hoy necesita una visión de fe. La retina interna de la sensibilidad de

⁴ Mt 13, 14-15.

Dios y la luz de la tragedia humana nos ayudan a vernos como somos, quienes somos en realidad, a ir a donde Dios nos llama. Esta toma de conciencia de Dios brota de nuestra capacidad de mirar todo a través de los ojos de Dios, a examinar nuestra vida a la luz del plan de Dios para el mundo y a considerar todo lo que ocurre en el mundo como un camino hacia el Reino del Padre. Tememos perder nuestra identidad exterior, que a menudo busca la uniformidad en nombre de la conformidad. Sin embargo, lo que cuenta no es la uniformidad en las cosas externas y en el cumplimiento de las normas comúnmente aceptadas, sino la docilidad al Espíritu que guía a los que están dispuestos a ser uno con Dios por su total sumisión a los pensamientos y caminos de Dios.

Sabemos que la esencia de la vida consagrada es conformarse a Jesús de Nazaret. Su entrega total a la voluntad del Padre y su reino constituyen la verdad de su ser, y la forma en que se afirmó es la del amor. Estos son también los cimientos de una nueva vida, los pilares de los cielos nuevos y de la tierra nueva. Debemos promover una nueva cultura orgánica, fuente de vida y de unidad para el desarrollo de una nueva ecología humana. Los consagrados y consagradas ¿cómo pueden ser sal y levadura en una civilización basada en una mecánica dualista? La renovación de la vida consagrada, como perfección del amor de Jesús, no consiste en atribuirle una nueva marca o un nuevo envase, sino en darle un nuevo significado a través de un enfoque relacional para responder a la esencia misma del deseo de Jesús: “Que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti”. Este deseo de unión con el Padre y la unidad entre sus amigos que conlleva, parece ser la fuerza que hace crecer las semillas en el vivero del corazón humano. Estamos llamados a renovar la vida consagrada convirtiéndonos en profetas de la armonía relacional. Pero para corregir el proceso de formación de la vida, necesitamos un “estilo de vida meditativo”.

2. La voz interior del Padre como compromiso

La Vida Consagrada va más allá de la consagración de sí y tiene que convertirse en memoria viva de Jesús. Las palabras de Jesús en la consagración: “Haced esto en memoria de mí” no se refieren sólo al pan y al vino, sino a la vida de Jesús, su nacimiento,

el bautismo, sus enseñanzas, sus obras, su sufrimiento y muerte. ¡Su vida es una memoria que estamos llamados a vivir plenamente, y no una memoria selectiva! La consagración de Jesús en su bautismo marcó el comienzo de su compromiso hacia el Padre, cuya voz resonó con claridad: “Este es mi Hijo amado”. Este compromiso comenzó con una escucha interior en el desierto que le llevó a rechazar la fama, el poder y la riqueza material, disponiéndolo así a consagrar todo su ser a la voluntad del Padre y a Su Reino.

Este encuentro contemplativo entre el rechazo de las ofertas de Satanás y la adhesión al sueño del Padre dispone a Jesús a leer el pasaje de Isaías (*Lucas 4*) y proclamar en voz alta: contemplando mi vida y la Palabra de Dios me atrevo a aceptar la misión de compasión tan estrechamente relacionada con mi misión hacia el Padre. La compasión de Jesús, sello distintivo de su ministerio, fue cuestionada por los líderes religiosos de su tiempo para quienes el camino de la salvación pasaba por la ley, las normas, la retórica, los derechos, las prácticas religiosas. Jesús tiene una contrapropuesta, que consiste en renacer en el Espíritu de amor del Padre. La vida entera de Jesús consiste en encarnar al Espíritu de amor del Padre y en la armonía de sus relaciones con los demás.

La verdadera misión para la venida del Reino sólo puede nacer de un estilo de vida meditativo. Nuestro compromiso por el Reino es también un camino que va desde el mundo exterior al mundo interior. Nuestra visión del mundo que nos rodea debe pasar por una forma de meditación de la vida inspirada en la Palabra de Dios y que se hace eco de las voces que nos rodean. La Vida Consagrada nace también de esta forma meditativa que trata de interpretar las palabras de la consagración de Jesús, que nos hacen Cuerpo Eucarístico de Cristo. “Haced esto en memoria de mí” no es sólo una conmemoración de lo que ocurrió alrededor de la mesa en la Última Cena, es también la cumbre de la vida totalmente entregada y sumisa a la voluntad del Padre. La Vida Consagrada es el camino de la verdad vivida en el amor. La esencia de los consejos evangélicos es el compromiso de toda la vida que lleva a Jesús en nosotros, para encarnar la vida de Jesús, haciéndole presente en el mundo de hoy. Recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesús, es recibir también sus pensamientos más íntimos, y enraizarnos en él y en los caminos del Padre. Participamos en la vida de Jesús no sólo por nuestra participación física, sino asu-

miendo plenamente el Espíritu de Jesús. Dicha participación es posible sólo si nos despojamos de nosotros mismos, para empaparnos del ser mismo de Jesús, deshaciéndonos de todo lo que impide esta unión. Para ello, primero debemos identificar lo que impide esta unión.

La Constitución pastoral sobre la Iglesia, *Gaudium et Spes*, dice que la separación artificial entre fe y vida es hoy uno de los desórdenes más graves. Produce una ruptura que hace de nosotros no ya un signo de comunión, sino un signo de contradicción para los demás. Cuando hay una separación entre lo que es interior y lo que es exterior, entre alma y cuerpo, las diferentes partes de nuestro ser se vuelven extrañas entre sí. Y entonces nos convertimos en instituciones sin vida, puramente funcionales y utilitarias. Al convertirnos en un cuerpo sin vida, perdemos la capacidad de dar vida, que es el resultado de la estrecha relación entre el mundo, la Palabra y la adoración.

3. La consagración se ve reforzada por las relaciones

En el contexto del diálogo entre Dios y los hombres, la historia de Caín y Abel revela que el alejamiento de nuestro estado original de la bondad de Dios nos conduce a una vida sin relaciones. Cuando cedemos a la presunción de creer que Dios no es importante en nuestra vida, a veces nos preguntamos con arrogancia: “¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?”. Al negarnos a reconocer la presencia de Dios en nosotros, le damos la espalda a la relación con Dios, y por lo tanto a la verdad de Dios y al amor al prójimo. La unión con nuestro prójimo, nuestra familia, la sociedad y la humanidad como un todo pierde poco a poco importancia para nosotros.

Cuando la verdad, que es Dios, se encuentra con el amor derramado por Dios en el corazón humano, es posible expresar la dimensión personal y pública de nuestra fe. Verdad y amor son indisolubles como dimensiones intrínsecas de nuestra fe cristiana, como nos recuerda nuestro Papa Benedicto XVI: “Por esta estrecha relación con la verdad, se puede reconocer a la caridad como expresión auténtica de humanidad y como elemento de importancia fundamental en las relaciones humanas, incluso de carácter público. *Sólo en la verdad resplandece la caridad y*

puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad. Esta luz es simultáneamente la de la razón y la de la fe, por medio de la cual la inteligencia llega a la verdad natural y sobrenatural de la caridad, percibiendo su significado de entrega, acogida y comunión. Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Este es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad. Es presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos, una palabra de la que se abusa y que se distorsiona, terminando por significar lo contrario. La verdad libera a la caridad de la estrechez de una emotividad que la priva de contenidos relacionales y sociales, así como de un fideísmo que mutila su horizonte humano y universal. En la verdad, la caridad refleja la dimensión personal y al mismo tiempo pública de la fe en el Dios bíblico, que es a la vez “*Ágape*” y “*Logos*”: Caridad y Verdad, Amor y Palabra”⁵.

Y añade: “Cuando el Estado promueve, enseña, o incluso impone formas de ateísmo práctico, priva a sus ciudadanos de la fuerza moral y espiritual indispensable para comprometerse en el desarrollo humano integral y les impide avanzar con renovado dinamismo en su compromiso en favor de una respuesta humana más generosa al amor divino”⁶. ¿Cuál es entonces el papel de la Vida Consagrada, en unión con la Trinidad, en un mundo roto, dividido por conflictos internos y externos? Un mundo repleto de materialismo y de secularismo que alienan a la gente haciéndoles perder de vista su identidad propia, y por lo tanto su destino final?

4. La Vida Consagrada como un antídoto a la pandemia de la humanidad

La crisis de la humanidad está ligada a nuestra incapacidad de comprender las causas profundas del conflicto entre la cultura de vida y la cultura de muerte. Al adherir a la perversa idea de un yo libre, sin Dios y la gente hacemos hoy la trágica experiencia del gradual eclipse del sentido de Dios y la persona humana, característica de un clima social y cultural dominado por el secularismo, para el cual la salvación depende exclusivamente de la razón

⁵ Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, n. 3.

⁶ *Ibid.*, n. 29.

humana y del conocimiento. Es fácil dejarse contaminar por este clima que nos precipita en un círculo vicioso: "Perdiendo el sentido de Dios, se tiende a perder también el sentido del hombre, de su dignidad y de su vida. A su vez, la violación sistemática de la ley moral, especialmente en el grave campo del respeto de la vida humana y su dignidad, produce una especie de progresiva ofuscación de la capacidad de percibir la presencia vivificante y salvadora de Dios"⁷. Esta radicalidad del Evangelio, vivida de nuevo en la Vida Consagrada, puede representar un camino de esperanza para toda la humanidad. Radicalidad no significa superioridad, sino más bien unicidad de Dios y universalidad de la humanidad en un mundo globalizado y fragmentado. La Vida Consagrada puede ayudar a los hombres a recuperar el sentido de Dios y de lo sagrado, si sólo estamos dispuestos a comunicarles una espiritualidad transformadora, basada en la obediencia evangélica, la pobreza y la castidad.

5. La obediencia evangélica como entrega total en la humildad

En un mundo donde las estructuras de gobierno no son favorables a la promoción de la verdad y de la justicia, es necesario redescubrir el sentido de la obediencia a través de una renovación personal, comunitaria e institucional de la Vida Consagrada. Somos conscientes de que la tarea de restaurar el acto de suprema bondad de Dios en el momento de la creación ha abierto a la humanidad el camino para el advenimiento de un cielo nuevo y de una tierra nueva. Aun siendo dos entidades diferentes, los cielos nuevos y la tierra nueva, son una y la misma realidad. Su denominador común es el proceso de sumisión total a la voluntad del Padre. No sólo la obediencia a la ley, tal como se presenta en las Escrituras, sino la docilidad y la sumisión a la presencia trascendente en lo más recóndito del espíritu humano. La obediencia crea las condiciones necesarias para que podamos decir con humildad: "No como yo quiero, sino como tú quieres". No podemos separar el "Venga a nosotros tu Reino" de "en la tierra como en el cielo". La obediencia al Espíritu de Dios es lo que disuelve el orgullo y la arrogancia del *status quo*, y recrea la humildad. No

⁷ Juan Pablo II, *Evangelium Vitae* n. 21.

podemos decir sí a la minoría poderosa que hace del *status quo* un estilo de vida y permanecer indiferentes a la mayoría sin los medios de subsistencia más elementales. El poder institucional y económico no debe prevalecer sobre la dignidad inscrita en la esencia misma del alma humana. Nadie puede quitar a los hombres ese derecho que Dios les dio.

La radicalidad de nuestra obediencia evangélica, como personas consagradas, nace de nuestro compromiso con un cuerpo que transforma la vida, que, por la comunión busca incorporarse plena, y no sólo parcialmente, al memorial del Cuerpo y Sangre de Jesús, puesto en evidencia por una vida contra-corriente, a nivel personal y comunitario, tanto en lo público como en lo privado. La credibilidad de nuestra unión crea un nuevo foro que se opone a las contradicciones evidentes en el mundo. Este foro mundial de individuos y comunidades es una red trans-local de comunidades. Trans-local, porque para llevar la fuerza evangelizadora hasta los confines de nuestro mundo globalizado se requiere una red de mentes y corazones. En nuestros nuevos círculos de diálogo, de discernimiento y de descubrimiento, nos estamos preparando a iniciativas impregnadas de la fuerza del Espíritu de Jesús, vivo hoy. Al ponerse atentamente a la escucha de las inspiraciones del corazón libre de egoísmos e individualismo, nuestras comunidades aprenden a cultivar el respeto por los demás. Ponemos decididamente de lado nuestros deseos personales para vivir otro nivel de compromiso, buscando descubrir juntos la voluntad del Padre para el bien de toda la humanidad. Seguimos firmemente con los ojos abiertos sobre las realidades que secularizan y deshumanizan, sabiendo que hoy la misión es proclamar el evangelio universal de Jesús a todos aquellos que todavía no han oído hablar del Dios de amor. Porque hemos aprendido el arte de escucharnos, como extranjeros que se han vuelto amigos de Jesús, nos hacemos más sensibles a la voz de aquellos que no pueden hablar de Dios y son demasiado débiles para protestar cuando se les priva de su dignidad y de sus derechos.

Frente a la propagación del individualismo como una forma de vida en el mundo actual, debemos guardarnos de formas de egoísmo institucional que pueden incluso llegar a la competencia desleal. La sociedad actual, fundada en el paradigma de la mecánica de la utilidad, prioriza criterios prácticos, numéricos y estadísticos para evaluar éxitos y beneficios. Estamos convencidos de

que el discernimiento, entre todos, de las necesidades dentro de la Iglesia debe tener en cuenta las necesidades urgentes de los hombres de nuestro tiempo. Si la eficacia de nuestra misión debiera ser evaluada en función de la fuerza de las dimensiones ocultas de comunión y de unidad visibles, seguramente habría menos renuencia por parte de personas consagradas a comprometerse en esfuerzos misioneros, realmente comunitarios. Tenemos que luchar contra la falta de comunicación entre los miembros de la Vida Consagrada en cuestiones de dimensión mundial. Para que la Iglesia llegue a los millones de personas que necesitan sus servicios, tenemos que crear cauces creativos para la colaboración y la creación de redes entre nosotros.

Los *Hechos de los Apóstoles*⁸ nos dicen que al ir al templo, Pedro y Juan se cruzaron con un mendigo, cojo de nacimiento. El mendigo tenía todas las características de los pobres sin recursos: sin bienes materiales, apartado del resto, rechazado, humillado, tenía una opinión muy baja de sí mismo. Son éstos los pobres a los que hoy estamos llamados a anunciar el poder de Jesús que llevamos dentro. Pedro y Juan descubrieron entonces una nueva manera de restaurar la voluntad del Padre en la vida humana. Solidaridad es ayudar a aquellos que son débiles y frágiles, para restaurar su dignidad, para ayudarles a levantarse y proclamar en voz alta que Dios nos salva cuando caminamos juntos, de la mano. Los débiles necesitan a los fuertes, y los ricos a los pobres.

La obediencia a Dios nos lleva a redescubrir nuestras complementariedades. Necesitamos acallar nuestras voces para escuchar a los más pequeños de entre nosotros que, al quedarse lejos de la cultura tecnológica, poseen tesoros culturales y espirituales para compartir. Nosotros, los expertos de la era de la razón y de la lógica, podemos aprender de su profunda sabiduría y transmitirla a la generación de hoy. A veces es difícil ponerse a la escucha de las personas que están cerca, y especialmente de los niños y jóvenes, que pueden percibir cualquier diferencia entre nuestras palabras y nuestras vidas: “Dejad que los niños vengan a mí” puede ser considerado como un riesgo porque es más fácil convencerlos por nuestras palabras que servirles de ejemplo con nuestras vidas. Inconscientemente, los empujamos hacia la periferia de nuestras

⁸ *Hechos de los Apóstoles*, 3,1-10.

vidas, lejos de nuestros “círculos de escucha” y de nuestras tomas de decisiones. Les estamos enviando, discretamente, el mensaje: “Nadie es profeta en su tierra”, porque nos negamos a cambiar este “país”. Les animamos a aceptar el *status quo* o los tenemos ocupados durante gran parte de su tiempo en cambiar el mundo a través de sus obras. Lo mismo ocurre con nuestros asociados en la misión, que no sólo deben ser oídos, sino que también deben poder participar en nuestro proceso de discernimiento a todos los niveles. Cada generación y cada cultura tienen algo nuevo que ofrecer para que la Vida Consagrada siga siendo importante. Esta importancia depende de su renovación para caminar hacia el futuro, mientras que el ser útil apunta a la perpetuación del presente. Ese es nuestro reto para el Siglo XXI.

6. La pobreza evangélica como desprendimiento de los bienes materiales a través de la sencillez de vida

La Vida Consagrada, como consagración espiritual a Dios y al prójimo, comienza con un proceso de desprendimiento de los bienes materiales. ¿Cómo llevar a cabo este proceso de desprendimiento, mientras la opulencia se ha convertido en un estilo de vida y la pobreza una característica del mundo? La epidemia de la opulencia, que ha infectado a muchas partes del mundo, que se manifiesta por una actitud obsesiva, envidiosa, bien descrita en la comedia estadounidense *The Joneses*, sería el resultado de las exigencias de calidad de vida del Siglo XXI, como lo afirma Oliver James en su libro *“Affluence”*. Llega a la conclusión que fenómenos como el consumismo, la obsesión con la higiene y la batalla de los sexos varían en función de valores, creencias y tradiciones de las sociedades. Lo que conduce inevitablemente a la conclusión de que tiene un impacto directo en nuestras vidas, es decir que para preservar nuestra salud mental, debemos tratar de satisfacer nuestras necesidades, en lugar de nuestros deseos.

Vivimos nuestra vida personal e institucional como personas consagradas en el proceso de globalización, donde el materialismo y el consumismo y la expansión de nuestro Instituto no son sólo un estilo de vida, sino una condición de nuestra supervivencia en este mundo sin la cual no podríamos desarrollar nuestra misión. La orientación de mercado y las economías sin fines de lucro nos

quieren hacer creer que las consideraciones monetarias y los recursos financieros son cruciales para el futuro de nuestra misión. De ahí el drama de las denominadas organizaciones benéficas en las décadas de ayuda al desarrollo que trataban de alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio mediante la ayuda financiera y las empresas extranjeras. La sociedad tiende a centrarse en cuestiones políticas, económicas y tecnológicas, dejando de lado el aspecto cultural. Varios años después de estas décadas de ayuda al desarrollo, la brecha entre naciones, entre naciones y continentes, sigue existiendo. Es evidente que no seremos capaces de eliminar la pobreza material, si no abordamos las causas que dan lugar a la pobreza moral.

Para los consagrados, es interesante releer el pasaje del joven rico que le pregunta a Jesús cómo obtener la vida eterna. Tras haberle invitado a que renuncie a todas sus posesiones para seguirle, Jesús ve al joven que se aleja, entristecido. Para él, la vida eterna es la recompensa de una vida vivida según la ley, mientras que Jesús le ofrece la oportunidad de experimentar el Reino de Dios a través de la renuncia voluntaria y la sencillez de vida, al servicio de los demás. Se alejó triste porque no se había dado cuenta de que es posible encontrar la felicidad renunciando al propio ego, renunciando a poseer, para disponer del propio tiempo y de la propia fuerza. No es necesario hablar del céntuplo que recibiremos en esta vida, y que corresponde, creemos, al Reino de Dios que Jesús nos prometió ya en esta vida.

En contraste con todo esto, está la Buena Noticia de las Bienaventuranzas, que nos dice que la opción por ser pobre, sencillo, humilde, puro, el sufrir por la justicia es fuente de alegría para los discípulos de Jesús. El gozo de las Bienaventuranzas no es lo que el mundo habla, es el gozo que brota en nosotros cuando se colma nuestra aspiración profunda hacia el bien, lo que nos dispone a afrontar sufrimientos y persecuciones. La experiencia del bien es la experiencia de Dios en Jesús, que siente más alegría en compartir que en acumular, y una gran paz interior a sabiendas de que será perseguido por luchar por lo que es justo. Hoy, muchas personas consagradas no se contentan con tomar simplemente su bolsa e ir al desierto de la pobreza, sino que aprenden a vivir con sencillez y generosidad para compartir con los demás lo que Dios les ha dado. Su primera experiencia del Reino de Dios inspirada en las Bienaventuranzas es una pequeña perla que

quieren compartir con los demás de manera que luego puedan cambiarla en su vida de relación, con una gran perla en el tiempo de Dios. La pobreza evangélica no sólo es compartir nuestros bienes materiales, sino también caminar con humildad y sencillez con los que no son capaces de experimentar plenamente el amor de Dios. “Caminando con” es nuestra forma de curación, haciendo juntos la experiencia del Reino de Dios en amistad y alegría.

En esta perspectiva, somos capaces de comprender mejor las cuestiones relacionadas con la pobreza mundial y con la injusticia. Una vida vivida con sencillez no consiste sólo en hacer frente a las dificultades, es también fomentar la generosidad de personas e instituciones dentro de una cultura libre de cualquier posesión obsesiva. Cuando se vive en la cultura del materialismo y del consumismo, nos olvidamos de que la pobreza evangélica y el reparto de los bienes son también una fuente de alegría y de satisfacción. La pobreza evangélica, unida a la obsesión por las posesiones institucionales, ha sido uno de los principales obstáculos que impidieron a la Vida Consagrada ir a los pobres y marginados, que son precisamente aquellos a quienes hay que anunciar la Buena Nueva.

Con el evidente aumento de ancianos en la sociedad y en nuestras congregaciones, hay que elegir entre responder a sus necesidades de salud y de jubilación o invertir en la misión, sobre todo cuando están comprometidos en ella nuestros asociados. Todo el mundo sabe que muchas congregaciones que prácticamente no tienen miembros dejan un inmenso patrimonio. La pobreza evangélica no es ahorrar dinero para invertir, sino para proporcionar una educación integral a los jóvenes que continúan la misión que se nos ha confiado. Recordemos la máxima: “El amor al dinero nos ciega ante los pobres y nos hace incapaces de compartir con ellos”. De ahí la necesidad de comprometernos no sólo en la caridad, sino también en la formación de la verdad y de la justicia.

7. La castidad evangélica como apertura a los demás y a la universalidad de Dios

Quienes han vivido en el Siglo XIX, por lo general han sido educados en un ambiente mono-cultural, mono-étnico y mono-religioso. Hoy en día, vivimos en un mundo sin fronteras. A raíz de

la migración, se han multiplicado las familias inter-étnicas y los matrimonios mixtos, y la gente comienza a ver otras facetas de la humanidad y a tomar conciencia de nuestro patrimonio espiritual común.

Al iniciar un diálogo con el mundo de la diversidad y de la universalidad, la vida consagrada se enfrenta a importantes cuestiones humanitarias de nuestro tiempo, que requieren una nueva sensibilidad y una transformación de la conciencia. Abrirse a los demás no significa sólo introducir a la gente en nuestras construcciones teológicas y filosóficas, sino estar dispuestos a ir a los nuevos epicentros que se movilizan en favor de lo que es justo y bueno en la creación de alternativas. Entonces, podemos demostrar a quienes nos rodean que no hay necesidad de seguir ingenuamente los movimientos de masas que amenazan el mundo de hoy.

Nuestra sensibilidad y capacidad de respuesta a nuestro Dios nos dan fuerza para no sucumbir a la seducción del interés personal y de las satisfacciones inmediatas plasmadas por las exigencias individualistas y subjetivas del mundo moderno. Hoy, nuestra disponibilidad es limitada por la importancia concedida a los aspectos triviales de nuestras vidas que nos parecen urgentes e importantes, para seguir haciendo lo que hicimos en el pasado. Podemos empezar a ser más abiertos y disponibles a las nuevas necesidades que no siempre se encuentran delante de nuestra puerta y que exigen que exploremos nuevos territorios. Los grandes misioneros de los últimos siglos han ido lejos; nosotros también debemos ir al encuentro de aquellos que necesitan nuestra ayuda en el campo del desarrollo humano y de la promoción humana. Nuestra disponibilidad no es nuestro poder de controlar, sino nuestra capacidad de influir en sus vidas y en su ambiente.

¿Cómo dar un nuevo sentido a nuestra disponibilidad total de personas consagradas según la inspiración de nuestro Fundador, en comunión y unión, para el progreso de la misión evangelizadora de Jesús? ¿Cómo desprendernos de nuestra concepción demasiado estrecha de la Vida Consagrada de manera que podamos confrontarnos con el potencial de cooperación y con todos los hombres de buena voluntad, impulsados por el deseo de restaurar la naturaleza según la inspiración divina, propia de toda la humanidad? La misión *ad gentes* ha sido considerada sobre todo en tér-

minos de expansión numérica y geográfica de la Iglesia según el espíritu de los constructores del imperio de los siglos XVII y XVIII. La misión *inter-gentes* abre el camino para la reconstrucción del Reino de Dios, sin alejarnos de Jesucristo, “piedra angular de una nueva humanidad”, ni de la inspiración original de nuestros Fundadores que, en su tiempo, han hecho de la Vida Consagrada una intervención permanente del Espíritu de Jesús. Debemos caminar al lado de la otra parte de la humanidad, la de los sectores más pobres de la sociedad, no sólo sobre la base de lo que tenemos, sino de lo que hoy los hombres necesitan. Son sus necesidades que deben definir nuestra disponibilidad. Una tarea esencial que se presenta hoy en la Vida Consagrada consiste en ser la presencia viva de Dios, allí donde la desesperación, la violencia, la pobreza, dan a la gente la sensación de que Dios está ausente. Este movimiento nos hace ir de donde estamos allí donde Dios nos llama a asumir un liderazgo profético con un pueblo que anda por el desierto en busca de nuevos caminos de salvación.

Independientemente de nuestra afiliación a una determinada familia, podemos ser verdaderos representantes de la familia de Dios, no sólo en la Iglesia, sino ante todos los hombres. Esa fue la contribución específica de la Vida Consagrada en Asia, donde la familia sigue siendo importante. Los consagrados y las consagradas tienen algo especial que aportar a la familia natural y a la iglesia doméstica, dando prioridad a la educación de los niños y adolescentes. Debido a que son expertas en formación, educación y comunicación, las personas consagradas pueden crear redes de familias para promover la cultura de vida en y a través de la familia. Somos una familia al servicio de todas las familias y de toda la familia humana. Debido a la composición cada vez más multicultural y multiétnica de sus miembros, la Vida Consagrada testimonia en todos los continentes la universalidad del mensaje del Evangelio en un mundo globalizado.

III. Una nueva creación, camino hacia el Reino de Dios

Introducción

Los cambios en el mundo y el nuevo concepto de Vida Consagrada que está surgiendo en el Siglo XXI nos obligan a repensar y redefinir el sentido de nuestra misión evangelizadora.

Sabemos que la meta de nuestra misión evangelizadora en el mundo postmoderno es dar testimonio de que sólo podemos transmitir el Evangelio, viviéndolo. Este es el eje central de la evangelización desde nuestro bautismo en Cristo. La experiencia del amor de Jesús en nuestra vida es el poder secreto del evangelio y el poder de su Espíritu, que renueva la faz de la tierra⁹. ¡Estamos llamados a sanar al mundo y hacer del mundo un lugar mejor!

Como Iglesia llamada por el Concilio Vaticano II a renovarse, queremos seguir a Jesús y su misión. Por lo tanto, debemos preguntarnos si estamos suficientemente preparados y equipados para proclamar el Evangelio, que es anunciar a Jesús, la Buena Noticia de Dios a los hombres. Jesús fue el primer evangelizador. Evangelizar consiste, por tanto, en comunicar a los hombres el sentido, el contenido y la vida de Jesús. El anuncio del Reino de Dios, que era el centro de su misión y de su vida vivida en unión con el Padre, era su misión evangelizadora.

Su mensaje sobre el Reino es realmente una nueva experiencia del amor de Dios en nuestro corazón, que debe ser vivida en comunidad y compartida. Ser parte del Reino y por lo tanto de los planes eternos del Padre se suma a la alegría que el mundo puede ofrecernos.

La Iglesia, nacida de la actividad evangelizadora de Jesús y de sus apóstoles y discípulos, nunca ha cesado desde hace dos mil años de ser la presencia viva de Jesús. La Iglesia es evangélica en su naturaleza, pero también necesita ser evangelizada. Por eso el

⁹ Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* n. 4.

Concilio Vaticano II y el Sínodo de los Obispos sobre la Evangelización han llamado a todo el pueblo de Dios a convertirse y a renovarse por el Evangelio de Jesús, con el fin de comunicar la Buena Nueva al mundo.

Ser evangelizados, no significa seguir con nuestras propias ideas o las de nuestra cultura dominante, sino tratar de ser totalmente fieles al Evangelio de Jesús encarnado en nuestro tiempo. Por lo tanto, el Sínodo sobre la Evangelización declaró que: “Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la humanidad: ‘He aquí que hago nuevas todas las cosas’. La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, su actividad, su vida y ambiente concretos”¹⁰. Así, *“Sectores de la humanidad que se transforman: para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o a poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación”*¹¹.

La evangelización consiste, pues, en restaurar los planes originales del Padre que se manifiestan a través de la vida de Jesús, para que el Espíritu de Jesús gobierne y guíe la llegada de los nuevos cielos y de la nueva tierra. La misión evangelizadora no es tanto una serie de actividades organizadas y de programas bien estructurados, sino una constante y completa apertura al Espíritu vivo de Jesús que actúa hoy en el mundo. Porque, como dice San Juan Crisóstomo: “Los que están en el cielo son los que se han puesto en sintonía con el Espíritu cuando estaban en la tierra”.

¹⁰ *Ibid.*, n. 18.

¹¹ *Ibid.*, n. 19.

1. La misión evangelizadora como renovación de la confianza en la fuerza del Espíritu, en el camino de la transformación interior y exterior

Hoy en día, nuestra confusión interna se refleja en nuestras actitudes y comportamientos: la competitividad, el interés personal, el egoísmo, la preocupación por la imagen personal, la familia, nuestra Congregación, el orgullo nacional. Ya no podemos distinguir entre los conflictos internos y las realidades externas. No sabemos muy bien si seguimos el camino del Evangelio o del mundo. Las posiciones se vuelven irreconciliables y las divisiones tan profundas que necesitan razón y fe. Las guerras y la violencia rampante en muchas partes del mundo, incluyendo Oriente Medio, demuestran nuestra incapacidad para conciliar los caminos de la paz de Dios con la búsqueda de la supremacía y la hegemonía de una pequeña minoría. Con el tiempo, esta situación impregna nuestras ideas y opiniones y se expresa en nuestras palabras, nuestro comportamiento y nuestra forma de vida. No es fácil corregir juicios alimentados durante años. Frente a las amenazas inminentes, tendemos a perder la confianza y aferrarnos a nuestros guetos, al amparo de fronteras étnicas y religiosas.

En este contexto de un mundo peligroso hay que evangelizar, recuperando la confianza en la Buena Nueva y la audacia de seguir a Jesús por su camino hacia el Reino de verdad y justicia. Para ello, primero debemos eliminar el veneno y las toxinas de una visión confusa y fragmentada de la vida y recuperar la confianza poniendo nuestra fe en Dios que viene a nuestras vidas y a nuestro ser. Por esto *Gaudium et Spes* nos recuerda que “la separación que vemos en muchos entre la fe que profesan y su vida cotidiana es uno de los desórdenes más graves de nuestro tiempo”. Surge la necesidad de una nueva brújula para la humanidad. Al comienzo del nuevo milenio, Juan Pablo II nos exhortó con estas palabras: “¡Cuánta riqueza, queridos hermanos y hermanas, en las orientaciones que nos dio el Concilio Vaticano II! Por eso, en la preparación del Gran Jubileo, he pedido a la Iglesia que se *interrogase sobre la acogida del Concilio*. ¿Se ha hecho? El Congreso que se ha tenido aquí en el Vaticano ha sido un momento de esta reflexión, y espero que, de diferentes modos, se haya realizado igualmente en todas las Iglesias particulares. A medida que pasan los años, aquellos textos no pierden su valor ni

su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. Después de concluir el Jubileo siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como *la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX*. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”¹².

Estamos convencidos de que el Concilio ha sido “una gran gracia para la Iglesia en el siglo XX”. Ahora puede mirar el futuro con confianza, sabiendo que el Evangelio de Jesús que ha recibido es realmente el legado de las generaciones futuras. Hemos tomado conciencia de la necesidad de reconsiderar el condicionamiento cultural del pasado para que las semillas auténticas del Evangelio puedan echar raíces en un campo nuevo y una nueva ecología humana. Debemos recuperar nuestra confianza en la fuerza transformadora del Evangelio y convertirnos en agentes de una transformación de la cultura.

Y debemos recordar que la esencia del Evangelio de Jesús es la restauración del Reino de Dios, que está más allá de la revitalización de los cielos nuevos y de la tierra nueva, en las personas, en las comunidades y en la sociedad. Estamos convencidos de que tenemos algo que ofrecer al mundo. Esta convicción, que no tiene nada que ver con la arrogancia o una sensación de superioridad, nos hace escuchar las voces de los demás, abrimos a la revelación continua y progresiva de la voz de Dios en la comunidad humana.

2. La misión evangelizadora como integración de la vida

El mundo de hoy necesita integridad e integración. En este mundo fragmentado y dividido, el tejido social está roto y las fibras de nuestras vidas han sido sustituidas por materiales sintéticos. La vida no es más que un todo orgánico. Debe ser reconstruida para restaurar la unidad entre sus componentes. El conjunto, reflejo de la totalidad, debe ser global en su esencia y en sus elementos esenciales. No debería haber ninguna diferencia entre la voz interior y las manifestaciones externas. Para ello, debemos re-enfocar

¹² Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, n. 57.

nuestra interioridad, orientándonos desde nuestra escala de valores y prioridades, y no de acuerdo a las normas externas y las imposiciones de la sociedad. Esta interioridad es esencial para nuestra integridad y nuestra plenitud. Es innegable que la disminución de vocaciones religiosas está ligada al declinar de la vida religiosa en general. Hay una clara diferencia entre nuestras palabras y nuestro testimonio. A menudo se tiene la impresión de que la Iglesia se ha instalado tranquilamente en pequeños islotes de opulencia en medio de océanos de pobreza.

La desintegración y la fragmentación están unidas a nuestra infatuación por la modernidad, por Satanás, el príncipe del mal, y Mammón, símbolo de la codicia. Debido a nuestra escasa comprensión de las fuerzas culturales que actúan en nuestra sociedad, nos volvemos incapaces de distinguir entre lo transitorio y lo permanente. Ser engreído quiere decir ser presa de una atracción insensata y extravagante, un deseo tan fuerte que nos hace decir que sí a cualquiera y cualquier cosa, y nos hace sordos a lo que nos pueden decir. Se trata de un apego violento e irracional a algo que no es digno de apego.

Por lo tanto, debemos emprender un proceso para restaurar el Reino de verdad y de amor, y la armonía en nosotros. Entonces se produce un cambio en nuestras micro-relaciones con nuestros amigos y nuestros enemigos, con nuestra familia y nuestra comunidad. Esta micro-comunión lleva a una renovación de las macro-relaciones sociales, económicas y políticas. Más que un estado de vida, la Vida Consagrada, en su concepción más radical, es un proceso que nos lleva cada vez más a conformarnos a Jesús, como resultado de un cambio constante.

Este cambio en nuestro enfoque pedagógico requiere un buen equilibrio en la comunicación de la información, una formación en los valores, y la promoción de una cultura alternativa que puede conducir a una transformación permanente y global.

3. La misión evangelizadora como encuentro transformador para alcanzar la justicia y la verdad

La educación transformadora consiste en una formación de las conciencias que ayuda a los individuos a ser más humanos, los orien-

ta en la verdad, infunde en ellos el respeto por la vida, y los introduce a auténticas relaciones interpersonales. Es necesario, pues, educar a los jóvenes a que valoren la vida desde su origen. Es una ilusión creer que podemos construir una cultura de la vida si no se aprende a aceptar y vivir la propia sexualidad, el amor y la vida toda respetando su verdadero significado y su estrecha interconexión. La sexualidad, fuente de riqueza para toda la persona, “manifiesta su significado íntimo llevando al ... don de sí en el amor”¹³.

La educación también debe despertar en los jóvenes el deseo de cambiar el mundo en profundidad. La formación de una nueva conciencia está destinada a impedir que los hombres se resignen con fatalismo a su condición actual, o que utilicen la violencia como venganza o represalia contra la injusticia. El Evangelio de Jesús tiene una especial contribución que aportar a los nuevos movimientos que intentan construir un mundo mejor.

Esta educación que transforma debe promover una nueva sensibilidad hacia los pobres. La misión de la Iglesia es escuchar el grito de las personas en peligro y su ansiedad y angustia en un mundo indiferente que no reconoce su dignidad como hijos e hijas de Dios. La proclamación de la Buena Noticia de Jesús a los pobres, la libertad a los oprimidos y la alegría a los afligidos comienza en y por el Espíritu Santo, que libera a los hombres de sus pecados y de sus consecuencias sociales.

El Sínodo de los Obispos sobre la justicia en el mundo ha relacionado, muy acertadamente, la predicación del Evangelio y misión evangelizadora: *“La acción en nombre de la justicia y la participación en la transformación del mundo son para nosotros una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia para la redención de la raza humana y su liberación de toda situación de opresión”*¹⁴. Es nuestra sensibilidad a la condición humana la que nos da la oportunidad de convertirnos en colaboradores de la obra divina.

3.1. El camino hacia una nueva conciencia y una conciencia renovada

Estamos llamados a desempeñar nuevas funciones y nuevas tare-

¹³ Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, n. 97.

¹⁴ Sínodo de los Obispos 1971, *La justicia en el mundo*, n. 6.

as en todos los sectores de la actividad humana y, especialmente, a nivel mundial, para que la justicia se convierta en una realidad. Nuestro trabajo tiene que ir primero a las personas y a las naciones silenciadas, víctimas silenciosas de la injusticia. Nuestra misión es evangelizar la conciencia de los centros de poder del "mundo rico" (tanto en el primer mundo como en los países emergentes) y dar esperanza a quienes viven en condiciones inhumanas y sufren todo tipo de opresión.

3.2. Ir a los nuevos pobres para llevarles la verdad y la justicia

Sabemos quiénes son los nuevos pobres yendo a su encuentro y descubriendo nuevos territorios. Debemos ir a las márgenes de la sociedad con los migrantes, los refugiados, las poblaciones indígenas, los niños de la calle, la gente sin hogar, las madres solteras, los ancianos y los enfermos de SIDA. Si realmente queremos ser discípulos del Buen Pastor, no debemos ir en busca sólo de la oveja perdida que los Fundadores de nuestras Congregaciones han ido a buscar para llevarla al redil; nos preocupamos también de las noventa y nueve ovejas que desde entonces se han perdido. La atención pastoral a estas ovejas también debe ser un camino para encontrar soluciones permanentes a través de la defensa social.

Debemos liberarnos del miedo al otro, con el fin de proclamar juntos las obras de salvación de Dios que es misericordia y amor. El diálogo se ha convertido en una característica esencial de nuestras vidas y de nuestro anuncio. Tenemos que escuchar lo que el Espíritu dice a las Iglesias (cf. *Ap 2,11*), y tomar conciencia de la necesidad de trabajar todas las tradiciones religiosas, unidas, para caminar hacia un mundo nuevo. En lugar de preguntarnos: "¿Cómo me preparo para la otra vida?" Debemos plantearnos la pregunta: "¿Cómo nuestras religiones pueden aprender unas de otras a vivir en armonía?". El camino del pueblo de Dios es difundir la alegría entre los hombres y mujeres de Dios a través de una vida vivida en armonía.

En nuestra cultura que exalta el individualismo, el espíritu de competencia y la riqueza, debemos promover la identidad interior a través de una renovación del corazón que conduce a un modo de vida verdaderamente humano, en la justicia, el amor y la sencillez. Haciendo que la gente sea más humana, esta educación la ayudará a no ser manipulada por los medios de comuni-

cación y por las fuerzas políticas y a tomar el control de su destino. Así, las comunidades podrán ser verdaderamente humanas.

No debemos seguir siendo pequeños grupos aislados, ineficientes, dispersos por todo el mundo, sobre todo si esto favorece la arrogancia, la agresión y el conflicto generalizado.

3.3. Caminar en compañía de todos los hombres de Dios a través de encuentros de fe

Estamos dispuestos a participar en la vida de los hombres de otras religiones, para multiplicar las oportunidades de escuchar voces diferentes. Estamos convencidos de que forman parte del tejido que Dios quiere tejer para la familia humana. Su contribución especial es hacer más vivo el Evangelio para nosotros, los discípulos de Cristo, porque todos tienen algo que ofrecer en términos de formas de oración, sencillez de vida, gestos de compasión, respeto por la naturaleza, total sumisión a la voluntad de Dios, y de profunda religiosidad. Los discípulos de Jesús en Asia están convencidos de que el Evangelio es para todos los hombres.

3.4. En solidaridad ante las cuestiones emergentes en el mundo moderno

La formación para la verdad y la justicia concierne nuestro compromiso común, basado en la fe ante los grandes problemas actuales: el medio ambiente, la interdependencia mundial, los derechos humanos de los excluidos, la difícil situación de las mujeres y de los niños. Hoy es evidente que no podemos separar la dignidad humana de los derechos humanos. Así como no se puede separar el hambre de la verdad de Dios del hambre de justicia. Por lo tanto, la educación de las conciencias y la promoción de la compasión deben ir juntas. Nuestra misión de evangelización debe llevar estos dos elementos de salvación en y a través del único Cuerpo de Cristo, ofrecido a toda la familia humana.

La educación para la verdad y la justicia es también educación para promover una relación con Dios que nos anima a cambiar las instituciones sociales y la vida política. El hombre, obligado a la pobreza y a las privaciones, sigue proclamando su derecho inalienable a ser libre, a esperar vivir con dignidad. Una educación verdaderamente humana puede contribuir a eliminar los aspectos más oscuros de la historia. Progresos importantes en el campo del conocimiento, de la comunicación, de la ciencia y de

la tecnología nos llevan a colaborar en la lucha contra el analfabetismo, el hambre, la opresión. Creamos así pequeños faros que constituyen un punto de referencia para todos aquellos que necesitan una nueva dirección en la vida. Debemos promover modelos alternativos de vida, oponiéndonos a los modelos dominantes en el mundo y en nuestras instituciones y estructuras que son importantes y útiles, pero pueden necesitar un nuevo espíritu para tomar conciencia de la capacidad que el Evangelio tiene de influenciar las actividades humanas desde dentro. Por último, debemos preguntarnos si estamos dispuestos a dejarnos evangelizar por gente de otras religiones y culturas.

4. La misión evangelizadora como punto de partida de una ecología de transformación

La Palabra en la que creemos, el culto que celebramos, el testimonio que damos abren el camino a la cultura de la vida, como punto de partida de una vida enraizada en Dios. De ahí la necesidad de un nuevo servicio de formación, dedicándonos en particular a la inculturación del mensaje cristiano, volviendo a leer el Evangelio a las diferentes ramas del conocimiento. Sobre la base de la doctrina social de la Iglesia, la educación cristiana abre la gente al amor, a la justicia y la paz, ayudándoles a realizar sus deberes sociales y morales. La encarnación es una inculturación de lo divino en el hombre. El proceso de transformación da lugar a una nueva ecología, como uno de los principales resortes de la transformación humana.

Día a día nos hacemos más conscientes de que la transformación de la humanidad debe comenzar por un retorno a la espiritualidad; gente transformada que se convierte en elementos de una nueva arquitectura global y en semillas del nuevo Jardín del Edén. Esta transformación se basa en una comprensión más profunda de la Palabra y de las raíces de nuestras culturas. Este retorno a la Palabra trascendental, arraigada en nuestra divinidad, abre la vía al desarrollo de un nuevo paradigma centrado en Dios y orientado hacia los hombres. Con sus aspiraciones, sus actitudes, sus creencias y su espiritualidad tienen un papel que desempeñar en esta transformación de los individuos y de las comunidades.

En los nuevos viveros espirituales y culturales, uno aprende a respetarse a sí mismo, para resistir la explotación y la dominación,

para dar sentido a la vida y a la muerte, al dolor y a la alegría, a lo que los hombres producen y consumen. En última instancia, la cultura es un entorno propicio para el crecimiento. Pero esto requiere una espiritualidad que una estrechamente las dimensiones inmanente y trascendente de la vida humana, una espiritualidad que de la espalda al individualismo, (la fragmentación del ser interior y la conciencia), y al desorden y a las desigualdades sociales (las manifestaciones externas de desorden interno). Es necesaria una revitalización de la cultura para aumentar la confianza en uno mismo y en los demás, hacia una democracia más participativa, un uso más creativo de la tecnología y una reducción más sostenible de la pobreza. Estos nuevos viveros de personas reunidas en presencia de Dios para construir una sociedad civil basada en la participación democrática y en el compromiso con un Dios común darán lugar a la civilización del amor.

La evangelización se convierte en una realidad cada vez que la Iglesia se las arregla para crear la ecología necesaria para promover la cultura de la vida. La cultura y las estructuras que necesitamos hoy deben ser una nueva matriz de vida. Esta nueva matriz de vida nos permitirá encontrar las palabras de vida y participar en un diálogo de vida con los hombres de todas las religiones y culturas. Este es el fruto de los nuevos encuentros entre los movimientos de las personas que se comprometen a una transformación global de la vida. Las dos condiciones de la misión en Asia son: volver a las palabras de vida y a la unidad entre todos los creyentes que trabajan a favor de la vida y que creen en Dios.

4.1. La misión evangelizadora como promoción de la cultura de vida en la Iglesia

Como dijo Benedicto XVI, sin la orientación del amor en la verdad, las tendencias actuales a nivel global corren el riesgo de causar daños hasta ahora desconocidos y nuevas fracturas en la familia humana. Nos encontramos por tanto ante la tarea nueva y creadora de ampliar la razón para que sea capaz de entender y orientar estas nuevas dinámicas de gran escala, animando la perspectiva de la “civilización del amor” cuya semilla Dios sembró en cada nación y en cada cultura¹⁵.

¹⁵ Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, n. 33.

“Es urgente una movilización general de las conciencias y un común esfuerzo ético, para poner en práctica una gran estrategia a favor de la vida”. La urgencia de este cambio cultural está relacionada con la situación histórica que estamos atravesando, pero tiene su raíz en la misma misión evangelizadora propia de la Iglesia.

Se debe comenzar por la renovación de la cultura de la vida dentro de las mismas comunidades cristianas. Muy a menudo los creyentes, incluso quienes participan activamente en la vida eclesial, caen en una especie de separación entre la fe cristiana y sus exigencias éticas con respecto a la vida, llegando así al subjetivismo moral y a ciertos comportamientos inaceptables. Ante esto debemos preguntarnos, con gran lucidez y valentía, qué cultura de la vida se difunde hoy entre los cristianos, las familias, los grupos y las comunidades de nuestra diócesis. Con la misma claridad y decisión, debemos determinar qué pasos hemos de dar para servir a la vida según la plenitud de su verdad. Al mismo tiempo, debemos promover un diálogo serio y profundo con todos, sobre los problemas fundamentales de la vida humana, tanto en los lugares de elaboración del pensamiento, como en los diversos ámbitos profesionales y allí donde se desenvuelve cotidianamente la existencia de cada uno¹⁶. La cuestión fundamental es saber cómo los consagrados y las consagradas y la Vida Consagrada pueden promover la renovación intra-eclesial necesaria dentro de la Iglesia, que es una prioridad para nuestra misión evangelizadora.

5. La misión evangelizadora, como testimonio profético del amor de Dios en el Siglo XXI

Como hemos visto, para los consagrados y las consagradas, la misión hoy consiste en ser testigos del amor de Dios en el mundo. Es con alegría y orgullo como recordamos a aquellos que fueron testigos vivos de la misión evangelizadora, en su sentido más amplio, en el mundo postmoderno. Dos grandes figuras destacan sobre todo en Asia: la de Madre Teresa y la de Juan Pablo II. La enorme multitud que asistió a sus funerales había reconocido en ellos el reflejo del rostro de un Dios de amor que habían ya experimentado en su corazón. Madre Teresa fue la viva imagen de la

¹⁶ Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, n. 95.

compasión por los más pobres de los pobres. Juan Pablo II no dudó en levantar la voz por la paz, y lo hizo con gran valentía. Los hombres vieron en ellos el rostro de la contemplación y de la compasión que representan para las diversas religiones en Asia las dos caras de Dios: un Dios que escucha y se preocupa. Es sorprendente que un hombre, objeto de admiración general como lo fue este Papa que cambió el mundo, fuera considerado por algunos, también en la Iglesia católica, como un tradicionalista que promueve “valores conservadores”. ¿Cómo es posible cuando tantos hombres pertenecientes a otras religiones, musulmanes, hindúes, budistas y judíos, tenían mucho respeto por él y por las posiciones que él defendió? Reconocían la fuerza de su personalidad y de sus convicciones y la intensidad de su espiritualidad. Juan Pablo II y Madre Teresa son los iconos de la lucha contra el secularismo y contra el liberalismo, el relativismo, el materialismo y el individualismo que lo acompañan.

La muerte de Juan Pablo II, Pastor de Roma, y la de Madre Teresa, el ángel de los pobres de Calcuta, fue un momento sagrado para los cientos de líderes mundiales y para los millones de personas que mostraron con sus lágrimas y su tristeza el dolor por la separación, pero que también sabían que Dios debía de estar sonriendo al verlos en Su presencia. Ellos testificaron su verdad con una pasión que viene del corazón, y han vivido sus vidas con coraje, compasión y alegría. Juan Pablo II proclamó que hay que oponerse a la negación de Dios que abre la puerta al materialismo dialéctico y al consumismo, y condenó enérgicamente el capitalismo occidental sin alma. Sus mensajes en los que condenaba las injusticias y predicaba el evangelio de la compasión y de la paz se escucharon en el mundo entero. La gente percibía de inmediato la absoluta falta de contradicción en este hombre, cuyas posiciones eran también fuertes sobre la pena de muerte y la guerra en Irak. Se puso de manifiesto que nuestra credibilidad depende de la autenticidad con la que vivimos las verdades que proclamamos. Es precisamente esto lo que hizo de Juan Pablo II un hombre tan diferente y tan maravilloso. Se sentía en su casa en el mundo, mostrando que Roma no es sólo el corazón de la Iglesia católica, sino también un hogar para todos aquellos que dejan a Dios un espacio en sus vidas.

Por esta razón Juan Pablo II fue considerado en Asia no sólo como el Obispo de Roma y cabeza de la Iglesia católica, sino también

como un líder espiritual y promotor de la santidad a través de la justicia y la paz para todos los pueblos. Y Madre Teresa fue vista no sólo como católica, sino también como una ciudadana india con un amor total a los pobres de este país. Sus hermanas se han convertido en el rostro y en las manos amorosas de Jesús en muchas partes del mundo para los nuevos pobres. El nombre, la obra y la vida de Madre Teresa y de Juan Pablo II han sido asociados con importantes valores humanos de compasión y justicia. ¿No es este el nuevo rostro del Dios de amor en el mundo?

Muchas personas en Asia han reconocido el rostro de Jesús no sólo en Madre Teresa y en Juan Pablo II, sino también en centenares de otros testigos silenciosos de Jesús y en el poder de Su evangelio. Todos han asimilado las intuiciones profundas del Concilio Vaticano II, que llamó a la Iglesia a abandonar sus preocupaciones internas y a ser más misionera, en diálogo con las naciones y los pueblos. El objetivo de la visita de Juan Pablo II en ciento veintinueve países del mundo no era el de presentarse como cabeza de la Iglesia, sino para promover el diálogo entre las naciones para la venida del Reino de Dios. Juan Pablo II no era sólo un papa originario de Polonia y Madre Teresa una religiosa originaria de Albania: eran un reflejo de Jesús de Galilea, que ha dado a la humanidad un nuevo estilo de vida.

Este concepto de la misión como transmisión promueve la difusión de la cultura de la vida, abriendo así el camino para la ecología humana. La misión, en la teología antes del Vaticano II, lleva el sello de su época, que era el de los constructores del imperio. Hoy en día, el mundo ha cambiado debido a la globalización, que ha llevado a la homogeneidad y a la exclusión. El anuncio del Evangelio a la gente de hoy debería ayudar a reflexionar sobre la situación mundial y a encontrar nuevas formas de expresión en el mundo.

La misión de las personas consagradas exige, pues, una renovación del corazón. La Palabra de Dios debe sintonizar con nuestras palabras. Las celebraciones deben reflejar la vida interior de nuestra comunidad. La evangelización debe promover un nuevo *ethos* transformador. El evangelio puede cambiar la vida de la gente de hoy si tratamos de encarnar plenamente la imagen de Jesús, viendo el mundo bajo un nuevo día y escuchando el clamor de los hombres de esta generación. Y así podemos acelerar la llegada de unos cielos nuevos y de una tierra nueva.

6. Una misión inter-gentes para el tercer milenio

Esta visión de nuestra misión evangelizadora nos hace pasar de la misión *ad gentes* a la misión *inter-gentes*. *De la misión a las naciones a la misión entre las naciones. De la predicación del Evangelio a la encarnación del Evangelio en la vida de las personas y de toda la humanidad.* Nuestro nuevo territorio de misión es el mundo de la globalización.

Los Libros Sagrados de todas las religiones llaman a individuos, comunidades y sociedades a un proceso de re-creación del mundo. Mediante la promoción de la interconexión, la globalización tiende a fortalecer el pluralismo y a modificar las ideas que tenemos. Esta nueva concepción del pluralismo puede contribuir a la definición de una teología de las religiones más correcta y más exacta. Hemos comprendido la necesidad de trabajar con personas de todas las religiones por la paz y la solidaridad humana, de acuerdo con el plan de Dios. “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama” es nuestra oración.

Con los años, la Iglesia en Asia ha definido un nuevo concepto para su manera de ser Iglesia en Asia, basado en un triple diálogo con los pobres en Asia, con su cultura y su religión. En nuestro diálogo y discernimiento en todas las iniciativas de la Iglesia en Asia, hay que tener en cuenta la riqueza del patrimonio cultural y religioso de los pueblos de Asia. Desde el comienzo, los miembros de la Iglesia en Asia han visto la necesidad de una renovación de nuestra misión de evangelización en el contexto asiático, volviendo al Concilio y a sus enseñanzas que nos dan fuerza y confianza para avanzar por nuevos caminos de justicia.

“La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la creación, y la debe hacer valer en público. Y, al hacerlo, no sólo debe defender la tierra, el agua y el aire como dones del Creador, que pertenecen a todos. Debe proteger sobre todo al hombre contra la destrucción de sí mismo. Es necesario que exista una especie de ecología del hombre bien entendida. En efecto, la degradación de la naturaleza está estrechamente unida a la cultura que modela la convivencia humana: *cuando se respeta la “ecología humana” en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia.* Así como las virtudes humanas están interrelacionadas, de modo que el debilitamiento de una pone en peligro también las otras, así también el sistema ecológico se apoya en un proyecto que abarca

tanto la sana convivencia social como la buena relación con la naturaleza”¹⁷. Tenemos que pensar cuidadosamente acerca de nuestra responsabilidad común de personas consagradas.

7. La misión evangelizadora como evangelio social

La historia de la Doctrina Social de la Iglesia y el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* elaborado por el Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz nos muestran con claridad que nuestra misión de evangelización en el mundo debe guiarse por el mensaje social del Evangelio. De esta manera nos involucramos en la actividad pastoral en dos frentes: ayudar a los hombres y a las mujeres a descubrir la verdad y elegir el camino a seguir, y animar a los cristianos a dar testimonio del Evangelio por sus actividades sociales en un espíritu de servicio.

Es esencial establecer un vínculo entre las verdades y creencias que proclamamos, y nuestro esfuerzo para interpretarlas y encarnarlas tratando de transformar las realidades sociales, tanto a nivel local como regional y mundial. Esto requiere que *todos testimonien la verdad de la persona humana y los valores que inspirar a toda la sociedad humana bien ordenada y productiva, a saber, la justicia, el amor y la libertad.*

El *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* dice: “La doctrina social es un punto de referencia indispensable para una formación cristiana completa”. La insistencia del Magisterio al proponer esta teoría como fuente de inspiración para el ministerio y la acción social nace de que es un recurso extraordinario para la formación: “Es absolutamente necesario, en particular, que los fieles laicos, especialmente los que trabajan en diversas formas en el campo social y político, tengan una comprensión más clara de la doctrina social de la Iglesia”. Este patrimonio doctrinal no es ni enseñado, ni conocido adecuadamente: esta es la razón por la que no se traduce oportunamente en el comportamiento real”¹⁸.

Sin esta formación a los valores de la santidad y del servicio generoso al prójimo, como signo elocuente y profético de la doctrina

¹⁷ Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, n. 51.

¹⁸ *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 528.

social de la Iglesia, no seremos capaces de cumplir la misión de los cristianos en la Iglesia y en el mundo. Fortalecidos por los sacramentos del Bautismo, Confirmación y Eucaristía y radicados en Cristo, todos nosotros, y especialmente los laicos, tenemos la responsabilidad de proclamar el Evangelio en las *realidades temporales*: la familia, el lugar de trabajo y el mundo del trabajo, la cultura, la ciencia y la investigación, asumiendo nuestras responsabilidades sociales, políticas y económicas a la luz de la Buena Nueva del Evangelio.

Muchos de nosotros creemos que con la doctrina social de la Iglesia, el Evangelio puede asumir un nuevo significado para la gente de hoy, como nos lo recuerda *Evangelium Vitae*: “El eclipse del sentido de Dios y del hombre conduce inevitablemente al *materialismo práctico*, que proliferan el individualismo, el utilitarismo y el hedonismo”¹⁹. La doctrina social es la lámpara que ilumina nuestros pasos en este siglo. Sin ella, corremos el riesgo de perder nuestro camino en el mundo de hoy, de manera que incluso el futuro de la humanidad podría verse comprometido. Por esto, al comienzo del nuevo milenio, Juan Pablo II llamó al pueblo de Dios a apostar todo por la caridad: “Desde la comunión intra-ecclesial, la caridad se abre por naturaleza al servicio universal, lanzándonos a un amor activo y concreto con cada ser humano. ¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene techo donde cobijarse? Es la hora de una nueva imaginación de la caridad, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno. Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras*”²⁰.

¹⁹ Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, n. 23.

²⁰ Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, n. 50.

Conclusión

Este intento de identificar el camino a seguir en la misión de la Vida Consagrada en el Siglo XXI es evidentemente un trabajo no terminado, y lo es para todas las personas de buena voluntad. Se basa en el camino que está siguiendo en Asia el pequeño rebaño para que el Evangelio sea importante para los dos tercios de la humanidad, sobre todo después del Concilio Vaticano II. Alimentada con esta renovación teológica y con orientaciones pastorales que de ella se desprenden, una nueva generación de católicos y de consagrados y consagradas intenta, en medio de mil dificultades, promover esta cultura y esta ecología en la Iglesia y en el mundo. Lo que hemos compartido va mucho más allá de nuestra experiencia y de la pena y de la angustia de nuestro pueblo, pero gracias a este proceso de inmersión en su vida, hemos podido ver brotar la alegría y la esperanza en el mundo de Asia.

Creemos que éste es el fruto del encuentro entre la fuerza evangelizadora del Evangelio de Jesús y nuestro profundo respeto por el patrimonio religioso-cultural de todos los pueblos de Asia. Quisiéramos que este relato de la peregrinación de Asia sea también nuestra contribución al actual camino con la Iglesia universal hacia la Tierra Prometida. La Vida Consagrada podrá ser un camino de esperanza para muchos pueblos en Asia, si somos capaces de encarnar el rostro asiático de Jesús ante los pueblos de Asia y del resto del mundo.

Referencias

- P. MICHAEL AMALADOSS, SJ.
Towards a New Heaven and a New Earth.
- P. SEBASTIAN PAINADATH, SJ
 1. *The Asian Heritage.*
 2. *The Inward Journey.*
- HERMANO ANTHONY ROGERS, FSC (Material no publicado)
 1. *The Ethos For A Culture Of Peace In The 21st Century.*
 2. *A New Way of Being Followers of Jesus in the Post-Modern World.*
 3. *Evangelisation and Human Promotion.*
 4. *From Church in Asia to Church of Asia.*
 5. *Social Justice And Integral Development As The Path To A New Evangelisation In Asia.*
 6. *The Portrait Of Asian Church In The 21st Century.*
 7. *Communicating Love and Service in Asia.*
- P. FELIX WILFRED
 1. *Asian Christianity and Modernity: Forty Years after Gaudium et Spes.*
 2. *Asia and the Social Teachings of the Church: Some Reflections.*

Índice

• Presentación	3
• Introducción	5
1. Convertirse a la verdad y a la justicia.	6
2. Una nueva forma de consagrados/as en el siglo XXI.	8
3. La misión de evangelizar en el siglo XXI.	10
• I. El conflicto Interno en la lectura y las manifestaciones externas de injusticias	11
• II. Reorientar la vida Consagrada en el siglo XXI	19
Introducción	19
1. La conversión a una visión, misión y comunión fundantes a través de un estilo de vida mediativo.	20
2. La voz interior del Padre como compromiso.	22
3. La consagración se ve reforzada por las relaciones.	24
4. La Vida Consagrada como un antídoto a la pandemia de la humanidad.	25
5. La obediencia evangélica como entrega total en la humanidad.	26
6. La pobreza evangélica como desprendimiento de los bienes materiales a través de la sencillez.	29
7. La castidad como apertura a los demás y a la universalidad de Dios.	31
• III. Una nueva creación como camino hacia el Reino de Dios	35
Introducción	35
1. La misión evangelizadora como renovación de la confianza en la fuerza del Espíritu, en el camino de la transformación interior y exterior.	37
2. La misión evangelizadora como integración de la vida.	38
3. La misión evangelizadora como encuentro transformador para alcanzar la justicia y la verdad.	39

4. La misión evangelizadora como punto de partida de una ecología de transformación.	43
5. La misión evangelizadora, como testimonio profético del amor de Dios en el siglo XXI.	45
6. Una misión inter-gentes para el tercer milenio.	48
7. La misión evangelizadora como evangelio social	49
Conclusión	51
• Referencias	53